

EL FENÓMENO DE LA GUERRA EN EL SIGLO XX. UNA APROXIMACIÓN A LA DINÁMICA, GEOGRAFÍA, MODOS OPERATORIOS Y NATURALEZA DE LOS CONFLICTOS ARMADOS

Juan GARCÍA PÉREZ
Universidad de Extremadura

Resumen

En este trabajo se analizan los conflictos armados que tuvieron lugar durante el siglo xx. Desde la perspectiva historiográfica, el problema se aborda haciendo uso del material publicado por las instituciones públicas y privadas que han generado una enorme cantidad de información estadística e histórica sobre este dramático tema, todavía vivos en buena parte del Mundo.

Palabras clave: Conflictos armados, siglo xx, etnocidio.

Abstract

This paper deals with armed conflicts along the 20th Century. From a historiographic perspective, published material by public and private institutions is the chosen source. Those printed material generated a vast amount of statistical and historical information about a subject still alive in many places around the world.

Keywords: Armed conflicts, 20th century, etnocide.

1. INTRODUCCIÓN. ALGUNAS CONSIDERACIONES DE ÍNDOLE HISTORIOGRÁFICA

En los libros de historia, obras de balance y artículos de prensa con alguna reflexión sobre la naturaleza y rasgos básicos del Novecientos publicados a lo largo de los diez o quince últimos años se observa un dominio absoluto de los planteamientos defendidos por aquellos estudiosos (antropólogos, filósofos, historiadores, sociólogos, escritores...) en cuya definición y/o caracterización de la pasada centuria ocupa un lugar de primer orden la imagen de un siglo especialmente violento, marcado en su devenir por una serie amplia e intensamente dramática de conflictos bélicos y acciones genocidas o etnocidas.

En efecto, tratando de ofrecer una definición válida para la totalidad del siglo xx, a finales de los años ochenta ya hablaba D. Brower de una “época de guerra y revolución generalizadas”¹, mientras en los compases centrales de la década siguiente se refería el filósofo Isaias Berlin a la “centuria más terrible de la historia occidental”², a la vez que el antropólogo español J. Caro Baroja resaltaba “los terribles acontecimientos que ha vivido la humanidad”³ y el Premio Nóbel W. Golding hacía mención al “siglo más violento en toda la historia de la especie humana”⁴.

Por su lado, el gran historiador británico E. J. Hobsbawm definía al Novecientos como “el (siglo) más mortífero de la historia a causa no sólo de la envergadura, frecuencia y duración de los conflictos bélicos (...) sino también por las catástrofes humanas, sin parangón posible, que han causado desde las mayores hambrunas hasta el genocidio sistemático”⁵. Y el prestigioso filósofo ecologista francés R. Dumont como “una centuria con un absoluto predominio de las guerras y matanzas”⁶.

En fin, un cariz semejante presentaron la mayoría de las valoraciones generales realizadas al término de la centuria. No en vano, el filósofo y periodista Herman Tertsch hizo referencia a “un siglo inmensamente trágico y sangriento”⁷. El reconocido escritor mejicano Carlos Fuentes al “siglo más breve pero también el más cruel, ya que jamás los logros técnicos y científicos contrastaron de una manera más brutal con el atraso moral y político”⁸. El historiador español del pensamiento político y económico A. Elorza a “un siglo de guerra (...), barbarie y etnocidios (...) en un marco de conflictos múltiples derivados, en gran medida, de la miseria de las masas populares y el recurso a la violencia auspiciada por regímenes dictatoriales, el integrismo y la xenofobia”, para terminar refiriéndose a un “siglo de globalización y autodestrucción”⁹. El filósofo y ensayista alemán Ghoran Therborn a “una centuria de guerra industrial total”¹⁰. El gran poeta inglés T.S. Elliot a un tiempo señalado por su intenso dramatismo que finalizaba “no con una explosión sino con un gemido”¹¹. Y el historiador francés M. Nouschi a “un siglo de desmesura marcado por dos guerras mundiales (...), además de una violencia brutal y en numerosas ocasiones mortífera desatada contra el individuo”¹². En suma, un conjunto amplio de visiones muy negativas en torno a la naturaleza esencial de la pasada centuria.

¹ Cfr. BROWER, D.: *The World in the Twentieth Century: The Age of Global War and Revolution*, Nueva York, 1987. Citado en GARCÍA PÉREZ, J.: *El siglo xx: Historia e historiografía (Proyecto de investigación)*, Cáceres, 2002 (inédito).

² Ésta y otras definiciones generales sobre el Novecientos pueden encontrarse en AGOSTI, P. y BORGUESE, G.: *Mi pare un secolo: ritratti e parole di centosei protagonisti del Novecento*, Turín, 1992, cit. en HOBSBAWM, E. J.: *Historia del siglo xx (1914-1991)*, Barcelona, Crítica-Grijalbo Mondadori, 1998, p. 11.

³ *Ibidem*, p. 11.

⁴ *Ibidem*, p. 11.

⁵ E inmediatamente añadirá: “A diferencia del siglo ‘xix largo’, que pareció –y que fue– un período de progreso material, intelectual y moral casi ininterrumpido (...) desde 1914 se ha registrado un marcado retroceso desde los niveles que se consideraban normales en los países desarrollados y en las capas medias de la población y que se creía que se estaban difundiendo hacia las regiones más atrasadas y los segmentos menos ilustrados de la población (...). No es fácil calibrar el alcance del retorno, que lamentablemente se está produciendo a un ritmo acelerado, hacia lo que nuestros antepasados del siglo xix habrían calificado como niveles de barbarie (...)” (subrayados nuestros). Cfr. HOBSBAWM, E. J.: *op. cit.*, pp. 22-23.

⁶ Cfr. AGOSTI, P. y BORGUESE, G.: *op. cit.*, en HOBSBAWM, E. J.: *op. cit.*, p. 11.

⁷ Cfr. TERSCH, H.: “Aquel milagroso verano”, en *El País*, 28 de abril de 1999.

⁸ Cfr. FUENTES, C.: “Kosovo y el nuevo orden internacional”, en *El País*, 28 de abril de 1999.

⁹ Cfr. ELORZA, A.: “El siglo que muere”, en A. Elorza, M. Tuñón de Lara y otros, *Siglo xx. Historia Universal, I. La víspera de nuestro tiempo*, Madrid, Historia 16, 1997, p. 13.

¹⁰ Cfr. THERBORN, G.: “Autobiografía del siglo xx”, en *Débats*, 56, Valencia, 1996, p. 114.

¹¹ Cit. en ELORZA, A.: *op. cit.*, p. 14.

¹² Cfr. NOUSCHI, M.: *Historia del siglo xx. Todos los mundos, el mundo*, Madrid, Cátedra, 2000, pp. 17-20.

En el desarrollo de esta historia de violencia llevada al paroxismo¹³ correspondió un papel muy relevante a las numerosas y, en verdad, devastadoras acciones de carácter genocida o etnocida, junto a otras vinculadas a una represión político-ideológica durísima, que tuvieron lugar durante el Novecientos en diversas coyunturas y espacios geográficos, desde las matanzas realizadas por el gobierno turco sobre los armenios en 1894/1896 y 1915/1918 a la desaparición de millones de judíos y gitanos efectuada por el nazismo, el asesinato de miles de disidentes políticos en el “gulag” soviético a lo largo del régimen estalinista, la limpieza étnica masiva llevada a cabo por los serbios en el territorio de Kosovo justo cuando finalizaba la centuria, una represión brutal causante de miles de desaparecidos y el asentamiento de unos 300.000 refugiados en los países limítrofes o, en fin, la muerte de cientos de miles de hutus a manos de individuos pertenecientes a la raza tutsi en el transcurso de la última guerra del Congo.

Sin embargo, de acuerdo con las informaciones parciales disponibles y el balance global aproximado que puede efectuarse ya sobre los efectos de las guerras, fue en los conflictos bélicos de muy distinta naturaleza, intensidad y localización donde residió la causa principal de los destrozos materiales y, en particular, la desaparición de millones de seres humanos en acciones violentas a lo largo de un siglo, el Novecientos, cuyo desempeño resultó bastante más positivo en los ámbitos del crecimiento económico, las mejoras sociales o los avances educativos y culturales que en los terrenos de la política, interna o internacional, y la geopolítica.

Esta frecuencia, intensidad y efectos devastadores de las guerras que estallaron durante el Novecientos no han sido todavía, según parece, motivos suficientes para impulsar la génesis por los historiadores u otros científicos sociales y, en último término, la publicación de un buen número de estudios destinados a realizar un balance general sobre la trayectoria, la naturaleza y los rasgos esenciales de los conflictos bélicos vividos a lo largo del siglo.

Porque si menudean, ciertamente, las obras centradas en algunos aspectos muy concretos de las guerras (organizativos, táctico-estratégicos, científicos, técnicos, propagandísticos...) o los sucesos de una especial relevancia (I Guerra Mundial, guerra civil rusa, guerra civil española, II Guerra Mundial, guerras árabe-israelíes, guerra del Vietnam...), ninguna síntesis histórica se ha elaborado todavía, que sepamos, sobre el desarrollo y caracteres de las contiendas a lo largo del siglo xx en la línea de los trabajos que realizaran hace ya tiempo los norteamericanos Quincy Wright, David Wood, David, J. Singer y Melvin Small o los franceses Jean Perre, Gaston Bouthoul y René Carrère y recientemente otros autores como Hans Joas, F. Kolko, Mary Kaldor, Herfried Münkler o el catalán Jaime Suau, estos últimos dedicados en exclusiva al análisis de las llamadas “nuevas guerras”, “guerras asimétricas” o “guerras de baja intensidad”¹⁴.

¹³ En el trabajo de E. J. Hobsbawm puede leerse que a lo largo del Novecientos “*se ha dado muerte o ha dejado morir a un número más elevado de seres humanos que en ningún otro momento de la historia*”, calculándose en unos 187 millones del conjunto de personas que han fallecido a causa de acciones violentas (alrededor de un 10% de la población mundial en 1900). Cfr. HOBBSAWM, E. J.: *op. cit.*, p. 21.

¹⁴ Véanse WRIGTH, Q.: *A study of war*. Chicago, University Press, 1965; WOOD, D.: “Conflict in the Twentieth Century (1939-1969)”, en *Adelphi series*, vol. 8 (48), junio de 1968; SINGER J. DAVID y SMALL, M.: Nueva York, John Wiley (ed.), 1972; PERRE, J., París, Editions Payot, 1962; BOUTHOU, G.: *La guerra*, Barcelona, Oikos-Tau Ediciones, 1971 (1.ª edición en francés, 1971); BOUTHOU, G. y CARRÈRE, R.: *El desafío de la guerra*, Madrid, Edaf Universitaria, 1977; JOAS, H.: *Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo xx*, Barcelona, Paidós, 2005; KALDOR, M.: *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Tusquets, 2001; MÜNKLER, H.: *Viejas y nuevas guerras. Asimetría y privatización de la violencia*, Madrid, Siglo xx, 2005; COURTMON, B. y RIBNIKAR, D.: *Les guerres asymétriques. Conflicts d’hier et d’aujourd’hui*, París, 2002; ERIKSON, M. y WALLENSTEEN, P.: “Armed conflict, 1989-2003”, en *Journal of Peace Research*, vol. 41, n.º 5, 2004; SMITH, D.: *The Penguin Atlas of War and Peace*, Nueva York, 2003; KOLKO, G.: *El siglo de*

De ahí que estas páginas tengan como objeto principal, siendo quien las escribe un mero observador sin especialización alguna en el tema objeto de análisis, realizar sólo un acercamiento al problema de la secuencia histórica, tipología, intensidad, localización espacial y rasgos básicos de los conflictos bélicos que tuvieron lugar durante el Novecientos a escala planetaria, distinguiendo, como se acostumbra en los estudios actuales de polemología, entre las “guerras clásicas” y las “nuevas guerras” que seguían proliferando cuando finalizaba la centuria.

2. LA CUANTIFICACIÓN DE LOS CONFLICTOS. SU NÚMERO, TIPOLOGÍA Y REPARTO GEOGRÁFICO

Justo a finales del Novecientos señalaba F. García de Cortázar que en el transcurso de la centuria a punto de finalizar de habían producido “unos dos centenares de conflictos bélicos, cada cual más sangriento y devastador que el anterior”¹⁵. Apenas cinco años más tarde era J. Suau quien ponía de relieve que durante los trescientos últimos años “han estallado en el conjunto del planeta unos 500 conflictos bélicos: 80 en el siglo xviii, 170 en el siglo xix y aproximadamente 260 en el siglo xx”¹⁶. Y no le faltaba razón a ambos. Porque si a las cifras ofrecidas por G. Bouthoul y R. Carrère correspondientes al período de 1900-1974 (97 macroconflictos)¹⁷ unimos los datos que aparecen en publicaciones tan solventes como los informes del “The Conflict Data Project” de la Universidad de Upsala, los “Yearbooks” editados por el Stockholm International Peace and Conflict Research (S.I.P.R.I.) o el “Journal of Peace Research” del International Peace Research Institute de la Universidad de Oslo (P.R.I.O.)¹⁸ referidos a la segunda mitad de la centuria (entre 105 y 111 guerras o conflictos “mayores” o, en su caso, entre 185 y 231 conflictos de muy diversa intensidad) se obtienen unas cifras que bien pueden oscilar entre las 202 y 208 guerras o situarse en un número próximo a los 300 choques si nos referimos a enfrentamientos bélicos de cualesquiera naturaleza e intensidad. Un número tan elevado de reyertas que, salvo en 1901, no dejó momento alguno sin conflictos vivos.

Naturalmente, entre los graves disturbios que estallaron en Manchuria tras la ocupación en 1900 de una buena parte de su territorio por la Rusia zarista y las guerras todavía abiertas

las guerras. Política, conflictos y sociedad desde 1914, Barcelona, Paidós, 2005 (1.ª edición, 1994); KOLKO, G.: *¿Otro siglo de guerras?*, Barcelona, Paidós, 2003; HARDT, M. y NEGRI, A.: *Multitud. Guerra y democracia en la era del Imperio*, Barcelona, Debate, 2004; SOHR, R.: *Claves para entender las guerras*, Barcelona, Random House Mondadori, 2003; SUAU, J.: “Guerras y conflictos armados, 1980-2004”, en *Fin de siglo. Las claves del siglo xxi. Historia Universal*, vol. 20, Madrid, El País-Salvat, 2004.

¹⁵ Cfr. GARCÍA DE CORTÁZAR, F.: *Breve historia del siglo xx*, Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 1999, p. 261.

¹⁶ “(...) Este último –añadía– se ha caracterizado por un nivel de conflictividad sin precedentes”. Cfr. SUAU, J.: *op. cit.*, pp. 60-61.

¹⁷ Llamados también “conflictos armados mayores”, el término “macroconflicto” remite, en los estudios del Instituto Francés de Polemología y las investigaciones de G. Bouthoul y R. Carrère, sólo a los enfrentamientos portadores de, al menos, uno de los rasgos siguientes: 1) participación de más de un Estado; 2) verse afectado un territorio mayor que el de una provincia o una capital; 3) tener una duración superior a un año; 4) mostrar una fuerte intensidad (ocasionando más de 1.000 muertos); 5) generar unos efectos internos relevantes (secesión o cambio de régimen); y 6) tener unas consecuencias asimismo importantes a escala internacional (anexión, llegada a la independencia, nacimiento o desaparición de un Estado). Cfr. BOUTHOU, G. y CARRÈRE, R.: *op. cit.*, pp. 61-64.

¹⁸ Resultan, asimismo, de notable utilidad las informaciones ofrecidas por otros equipos de investigación y proyectos destacados en el estudio de las guerras como “The Correlates of War Project” de la Universidad de Michigan, “The Minorities at Risk Project” de la Universidad de Maryland, el de la Universidad de Hamburgo (A.K.U.F.) o el de Leiden (Holanda). Cfr. <http://www.ub.es/conflictos/analisi.htm>.

en Ruanda, Sudán o Senegal a lo largo del año 2000 la frecuencia, intensidad y localización espacial de las contiendas resultaron muy variables al paso del tiempo. De hecho, en la primera mitad de la centuria tuvieron lugar ya 97 “conflictos armados mayores” o “macroconflictos” que, observados en una perspectiva cronológica, se articularon en cuatro etapas bien diferenciadas, las de 1900-1920, 1921-1929, 1930-1939 y 1940-1950, algunas de ellas con varias fases apreciables, a su vez, con toda claridad (véanse Cuadro I y Gráfico I).

CUADRO I
EVOLUCIÓN DE LOS “MACROCONFLICTOS” VIVOS E INICIADOS, 1900-1950

Etapas y subetapas	Conflictos vivos		Conflictos iniciados	
	Número	Media anual	Número	Media anual
1900-1920	125	5,9	48	2,3
• 1900-1907	21	3,0	14	1,7
• 1908-1917	68	6,8	22	2,2
• 1918-1920	36	12,0	12	4,0
1921-1929	52	5,8	11	1,2
1930-1939	61	6,1	20	2,0
1940-1950	67	6,1	18	1,6
• 1940-1944	14	2,8	2	0,4
• 1945-1950	53	8,8	16	2,7
1900-1950	305	6,0	97	1,9

FUENTES: BOUTHOU, G. y CARRÉRE, R.: *El desafío de la guerra*. Madrid, Edaf, 1977, pp. 278-285.

GRÁFICO 1
EVOLUCIÓN ANUAL DE LOS MACROCONFLICTOS INICIADOS Y MACROCONFLICTOS VIVOS, 1900-1950



Los “conflictos bélicos mayores” crecieron de una forma casi ininterrumpida durante las dos primeras décadas del Novecientos, mostrando un desarrollo todavía suave en los siete años iniciales de la centuria al que siguió, primero, un crecimiento notable de las tensiones a partir de 1908-1909 debido tanto al estallido de las guerras balcánicas como a la aparición de las primeras luchas anticoloniales o de naturaleza étnica (Marruecos, Tíbet, Somalia, Armenia...);

y, más tarde, la entrada en una de las fases más conflictivas de toda la primera mitad de la centuria, el trienio de 1918-1920, cuando a los sucesos importantes de la revolución mejicana y la I Guerra Mundial se unieron los graves disturbios e, incluso, luchas revolucionarias que tuvieron lugar en el sudeste asiático por motivos ligados al colonialismo y en Europa, especialmente en Alemania, a causa de factores político-ideológicos relacionados, sobre todo, con el proceso de decadencia que estaba atravesando ya el liberalismo clásico y el avance imparable de los regímenes autoritarios, el fascismo y el nazismo.

Luego, en el período de 1921-1929, disminuyeron sensiblemente los conflictos a causa tanto de la resaca y el agotamiento militar que estaban sufriendose al término de la I Guerra Mundial¹⁹ como, tal vez, el disfrute por la economía mundial de una coyuntura muy favorable en el transcurso de los “felicis años veinte”.

Sin embargo, en la década 1930-1939 se asistió a otro repunte significativo de los “macroconflictos”, sobre todo de las guerras declaradas *ex novo* (no de las guerras ya vivas), al confluir en este momento las disputas en ascenso por motivos territoriales con las luchas, todavía más frecuentes y devastadoras, debidas a litigios ideológicos o étnico-religiosos que hicieron acto de presencia, además, en un número creciente de regiones y/o países repartidos por áreas cada vez extensas del mundo, desde el este o sudeste del continente asiático hasta Oriente Medio, el norte de África o el centro y oeste de Europa.

Por último, en el decenio 1940-1950 a que se circunscribió la etapa final del medio siglo objeto de análisis se vivieron dos coyunturas distintas. La primera, en 1940-1944, caracterizada por un descenso apreciable de los conflictos viejos y nuevos que se vinculó, sin duda, a la circunstancia de hallarse en pleno desarrollo una guerra con implicación de numerosos países y que estaba teniendo unos efectos, materiales y humanos, muy negativos en buena parte de Europa. La segunda, durante el sexenio 1945-1950, marcada en sentido contrario por un crecimiento apreciable de las guerras justo en los años posteriores a la segunda conflagración bélica mundial que se debió, sobre todo, al estallido de numerosos conflictos anticoloniales o ligados a otros procesos de independencia en el sudeste y sur del continente asiático (Indochina, Malasia, Birmania, India, Pakistán...), los primeros hechos bélicos de importancia en Oriente Medio (Siria, Líbano, Israel, Palestina...) o la aparición de algunos disturbios graves en territorio europeo (Grecia, Alemania Oriental, Unión Soviética...)²⁰.

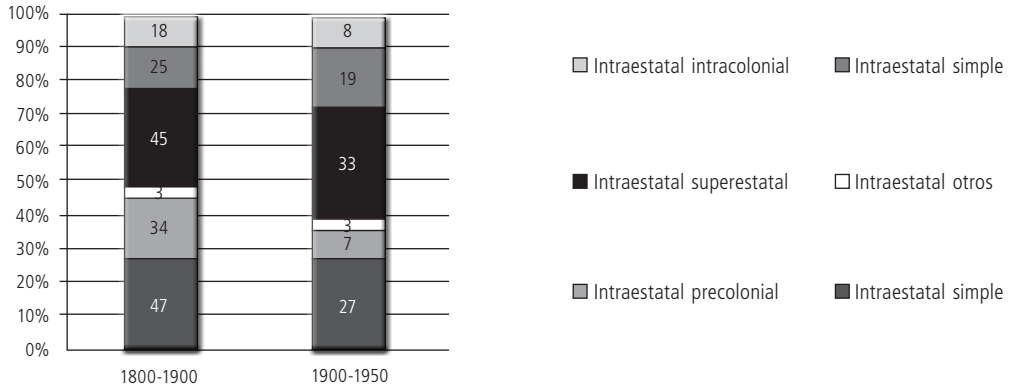
Y, ¿cuáles fueron la tipología y el reparto geográfico de estos “macroconflictos”? Según muestran los valores recogidos en el Gráfico 2, comparándola con las manifestaciones del siglo XIX la tipología singular de la primera mitad del Novecientos se caracterizó por un crecimiento muy apreciable, en términos relativos, de los conflictos internos (interestatales), especialmente de las guerras civiles con o sin intervención de fuerzas correspondientes a otros países distintos de aquéllos donde tenía lugar el litigio, ya que los enfrentamientos de naturaleza “intracoloniales” tuvieron entre 1900 y 1950 un peso relativo bastante menor que a lo largo del Novecientos.

En cambio, tuvo lugar un descenso de una magnitud muy parecida en las guerras “interestatales”, aún teniendo en cuenta la relevancia extraordinaria alcanzada por las dos guerras mundiales en función del número de países contendientes. Porque, una vez terminó el proceso

¹⁹ Esta misma explicación ofrecen G. Bouthoul y R. Carrère al afirmar que en el decenio 1920-1929 “se hizo sentir el agotamiento producido por la Primera Guerra Mundial”. *Cfr.* BOUTHOU, G. y CARRÉRE, R.: *op. cit.*, p. 86.

²⁰ Sólo a las luchas descolonizadoras atribuyen G. Bouthoul y R. Carrère el descenso de los conflictos en la segunda mitad de los años cuarenta. “(...) El decenio 1940-1949 –escriben– no conoció después de 1945 una tregua parecida (a la de 1920-1929) ya que los conflictos de la descolonización han venido a relevar de una forma casi ininterrumpida a la II Guerra Mundial”. *Cfr.* BOUTHOU, G. y CARRÉRE, R.: *op. cit.*, p. 86.

GRÁFICO 2
TIPOLOGÍA DE LOS “MACROCONFLICTOS” EN EL SIGLO XIX
Y LA PRIMERA MITAD DEL NOVECIENTOS



de expansión imperialista, disminuyeron de manera apreciable las guerras “precoloniales” entre distintos Estados (o un territorio no estatal y una metrópoli colonizadora) debidas casi siempre a los afanes de expansión territorial mostrados por los países con economías más ricas, modernas e industrializadas de Europa occidental, a la vez que sólo hicieron acto de presencia todavía unos cuantos, muy pocos, conflictos bélicos relacionados con el proceso de descolonización justo cuando llegaba a su fin la primera mitad del Novecientos.

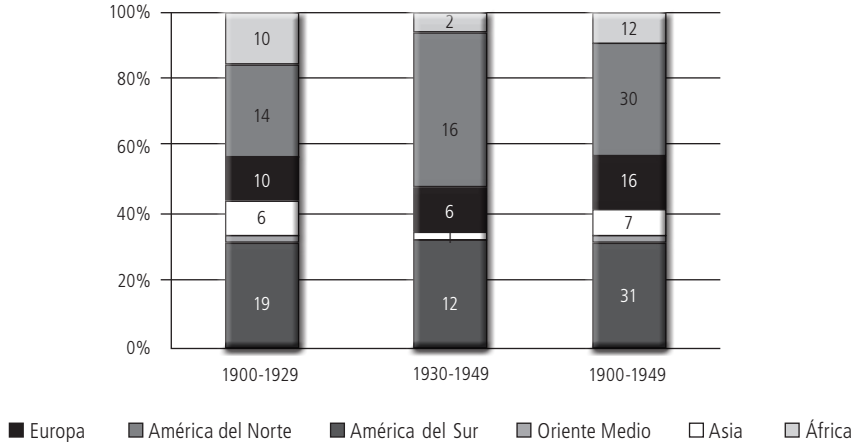
Se hacía ya visible, así, uno de los rasgos fundamentales de las guerras del siglo xx, la disminución continua y, fruto de ella, una debilidad manifiesta de los conflictos interestatales mientras, en sentido contrario, avanzaban sin parar la frecuencia y el dominio consiguiente de las guerras civiles, intraestatales, ya fueran de naturaleza simple (con litigantes sólo internos) o se desarrollasen con alguna intervención de fuerzas militares pertenecientes a otros Estados.

A su vez, la localización geográfica de estos “conflictos armados mayores” pone de relieve, observando el período 1900-1949 en su conjunto, que la mayoría de los enfrentamientos tuvo lugar en distintos países de Europa y Asia, continentes que sufrieron un número muy parecido de conflictos y, juntos, vieron producirse en su territorio casi dos terceras partes de las guerras. Sin embargo, la dinámica de este reparto espacial en el transcurso del tiempo muestra la existencia de algunos contrastes significativos entre las tres primeras décadas del Novecientos y el período de 1930 a 1949 (véase Gráfico 3).

Porque mientras no tuvieron lugar cambios apreciables en el peso relativo de los conflictos vividos en Europa, Norteamérica y Oriente Medio, se asistió a un descenso importante de los macroconflictos en que se vieron envueltos distintos países de América Latina y el continente africano, mientras aumentaban, en cambio, con fuerza, hasta casi duplicar su peso relativo, los enfrentamientos sufridos en Asia, sobre todo en los espacios del sur y sudeste asiático que acabarían convirtiéndose en una de las zonas más calientes del mundo ya en los años posteriores a la II Guerra Mundial, en los compases iniciales de la guerra fría.

Y en la segunda mitad del Novecientos, ¿qué sucedió? Ocurrió que, pese a la experiencia dramática de la segunda conflagración bélica mundial, los choques armados, lejos de desaparecer o, al menos, disminuir, siguieron aumentando de forma continua al paso del tiempo, a la vez que tenían lugar algunos cambios significativos en su tipología, localización,

GRÁFICO 3
DISTRIBUCIÓN DE LOS CONFLICTOS ARMADOS MAYORES
O “MACROCONFLICTOS” POR ÁREAS GEOGRÁFICAS, 1900/1949



manifestaciones y naturaleza. No en vano, acabó produciéndose una neta superioridad de los “conflictos menores” sobre las guerras, los enfrentamientos internos sobre las luchas interestatales o extrasistémicas, y los choques de cualquier índole localizados en los países de África y Asia sobre las tensiones sufridas en el resto del mundo.

En términos globales, los 166 conflictos mayores que M. Nouschi atribuye a los años transcurridos entre el final de la II Guerra Mundial y la caída del Muro de Berlín, las 105 y 108 guerras causantes de más de mil muertos que habrían tenido lugar en los periodos de 1945-1989 y 1989-1998 respectivamente, según la cuantificación recogida en *The Conflict Data Project*, o, en fin, los 230 macroconflictos aproximadamente que se habrían producido entre 1946 y 2005, de acuerdo una vez más con los datos ofrecidos por los proyectos de la Universidad de Upsala y el Stockholm International Peace Research, muestran bien que los enfrentamientos de mayor intensidad y, en general, los conflictos bélicos de toda índole fueron en la segunda mitad del Novecientos más numerosos que en el medio siglo precedente.

En efecto, los 17 choques (seis guerras y once conflictos menores) que, según los analistas del U.C.D.P. (Upsala Conflict Data Project) y el P.R.I.O. (International Peace Research Institute of Oslo), estuvieron vivos en 1946 (4 en la Unión Soviética, 2 en Irán y uno en Albania, Bolivia, Camboya, China, Vietnam, Grecia, Indonesia, Israel, Laos y Filipinas)²¹ no cesarían ya de aumentar, de manera casi ininterrumpida, hasta comienzos de los últimos años noventa, para observarse más tarde algún descenso suave de los enfrentamientos justo en la década final del Novecientos. Una dinámica ésta que terminó articulándose en, al menos, cinco fases diferentes, las de 1946-1960, 1961-1967, 1968-1974, 1975-1992 y 1993-2000 (Cuadro 2 y Gráfico 4).

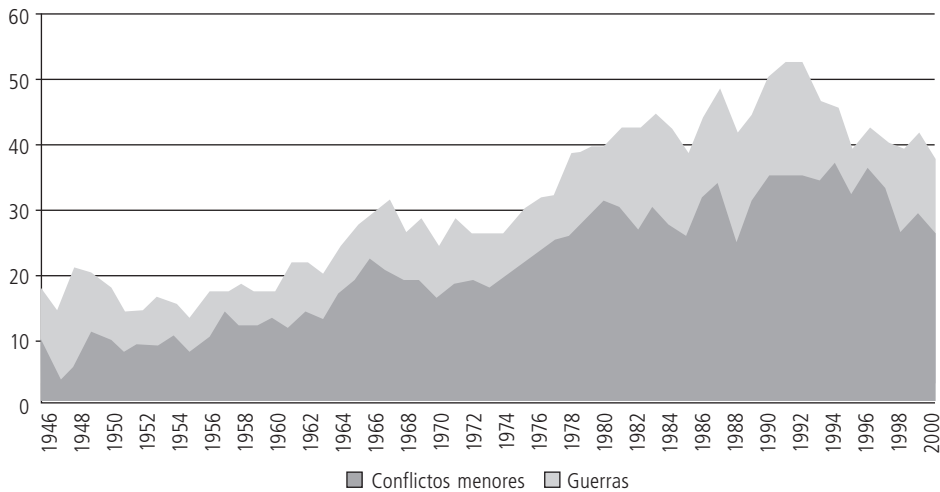
²¹ A los efectos de una comprensión adecuada de estos datos, en las tablas, descripciones y análisis del U.C.D.P. y P.R.I.O. se considera “conflicto menor” al choque que produce “entre 25 y 999 muertes relacionadas con batallas en un año dado” y “guerra” al enfrentamiento generador de “al menos 1.000 muertes relacionadas con batallas en un año dado”.

CUADRO 2
EVOLUCIÓN DE LOS CONFLICTOS BÉLICOS (MEDIA ANUAL POR PERÍODOS)
SEGÚN SU INTENSIDAD, 1946-2000

Períodos	Conflictos menores		Guerras		Total	
	Número	Media anual	Número	Media anual	Número	Media anual
1946-1960	146	9,8	101	6,7	247	16,5
1961-1967	117	16,7	58	8,3	175	25,0
1968-1974	128	18,3	56	8,0	184	26,3
1975-1992	522	29,0	225	12,5	747	41,5
1993-2000	253	31,6	76	9,5	329	41,1
TOTAL	1.166	21,2	516	9,4	1.682	30,6

FUENTE: U.C.D.P. & P.R.I.O., *Armed conflict dataset v4* y *Main conflict tables*, en <http://www.prio.no/CSCW/Datasets/Armed-conflict>. Elaboración propia.

GRÁFICO 4
EVOLUCIÓN DE LOS CONFLICTOS BÉLICOS POR SU INTENSIDAD, 1946/2000



A diferencia de lo sucedido en 1918-1920, al término de la II Guerra Mundial no se produjo tregua alguna ya que, de una parte, tanto las primeras “guerras sucias coloniales” (Indochina, Argelia...) como la serie muy amplia de conflictos ligados a los procesos de descolonización tomaron el relevo²²; y, de otra, las tensiones crecientes entre las superpotencias provocaron el inicio y desarrollo de la “guerra fría”, asistiéndose al estallido de un buen número de conflictos fuera de los territorios norteamericano y soviético en los que, no obstante,

²² Hace ya tiempo señalaron G. Bouthoul y R. Carrère que en 1946-1979 no hubo tregua alguna “pues los conflictos de la descolonización vinieron a relevar de una forma casi ininterrumpida a la II Guerra Mundial”. Cfr. BOUTHOU, G. y CARRÉRE, R.: *op. cit.*, p. 86.

latía de fondo el choque entre las concepciones político-ideológicas y los bloques militares del Este y el Oeste, el socialismo marxista y el capitalismo.

Además, ajustándose a la época de la “guerra fría” (1945-1954) y la primera mitad del tiempo de la “coexistencia pacífica” (1955-1960), a lo largo del período objeto de análisis se produjo una relativa estabilidad en la cifra media anual de los conflictos vivos, oscilando éstos entre un máximo de 20 en el bienio de 1948-1949, justo cuando se vivía un momento álgido de las tensiones Este-Oeste²³, y un mínimo de 13 en 1955, al inicio mismo de la fase de la “coexistencia pacífica” en que tendría lugar, por fin, una mejora sustancial de las relaciones entre norteamericanos y soviéticos.

Luego, en la etapa de 1961-1967, se produjo un fuerte aumento de la conflictividad, aunque habían transcurrido ya algunos años desde que comenzara a disfrutarse el período de “distensión” en las relaciones internacionales que se vivió a escala mundial tras la llegada de J.F. Kennedy a la presidencia norteamericana y N. Jruschov al cargo de máximo responsable político de la U.R.R.S. No en vano, en aquella coyuntura se situó en 25 la cifra media anual de conflictos bélicos, un número ya muy elevado que llegaría, incluso, a superarse (elevándose a 33 entre guerras y microconflictos) a la altura de 1967, es decir, justo en vísperas de los movimientos sociales contrarios a la guerra y el militarismo, especialmente de las luchas pacifistas en defensa de la no violencia, que se desataron en los *campus* universitarios y las calles de muchas ciudades de los países occidentales a partir de mayo del sesenta y ocho.

Y es que en los años sesenta tuvo lugar un crecimiento apreciable de las tensiones, no sólo políticas sino también de naturaleza étnica y religiosa, en los territorios de África y Asia que estaban luchando aún por su independencia o no habían logrado impedir el estallido de los conflictos internos, auténticas guerras civiles, una vez que lograron romper sus viejas ataduras coloniales y accedieron a la condición de estados soberanos²⁴.

Una etapa muy distinta a la anterior se vivió entre 1968 y 1974 ya que el número de conflictos vivos se mantuvo oscilante en el tramo final de los años sesenta, para disminuir de manera suave en los compases iniciales del decenio de los setenta y hacer posible, con ello, una paralización temporal del ritmo de crecimiento que venían mostrando las tensiones, aunque el valor medio correspondiente a las guerras y refriegas menores se mantuviera algo por encima de los niveles ya altos logrados en la fase anterior (la media anual llegó a 25 en 1961-1967 y 26,3 en 1968-1974).

Y es que el período objeto de consideración formó parte, íntegramente, de la etapa de “distensión” en el ámbito de las relaciones internacionales y, de una forma concreta, en la lucha que venían manteniendo los Estados Unidos y la Unión Soviética desde hacía un cuarto de siglo por ejercer la hegemonía total o, cuando menos, lograr una influencia superior a la

²³ Conviene recordar que a principios de abril de 1949 firmaban doce países el Tratado del Atlántico Norte, manifestando curiosamente “su deseo de vivir en paz con todos los pueblos y todos los gobiernos”, y en septiembre del mismo año tenía lugar el experimento de la primera bomba A soviética, unos sucesos que, unidos a la consolidación de los bloques, la pérdida de la influencia estadounidense sobre China, el fin del monopolio atómico y el estallido de la guerra de Corea alimentaron una sensación creciente de vulnerabilidad en la opinión pública norteamericana”. O que en mayo de 1955 se firmaba el Pacto de Varsovia, una circunstancia de afirmaba la unidad entre los países del mundo socialista. *Cfr.* NOUSCHI, M.: *op. cit.*, pp. 291-293 y 317.

²⁴ En los trabajos de G. Bouthoul y R. Carrère se define a los años sesenta como “un decenio muy perturbado”, una etapa en la que se sufrió “al menos un conflicto (mayor) nuevo cada año”. A su vez, M. Nouschi señala en relación a este período que “en pocos años la euforia nacida de la independencia se va apagando. Y la persistencia del subdesarrollo, las dificultades para implantar algunas soluciones en “falsas” naciones-estado o pseudo estados-nación, los choques interétnicos y, a veces, incluso las guerras poscoloniales entre estados vecinos alimentan la decepción y demuestran lo difícil que resulta la descolonización”. *Cfr.* NOUSCHI, M.: *op. cit.*, p. 354.

ejercida por el oponente en el sistema geopolítico mundial²⁵, además de suponer una coyuntura muy favorable en términos económicos (los “dorados años sesenta”) para muchas zonas del mundo, especialmente los países que integraban el bloque capitalista, y suavizarse algo los conflictos vinculados a un proceso descolonizador que, en buena medida, había llegado ya a su fin.

Sin embargo, esta fase de estabilización en el crecimiento de las guerras y microconflictos se quebró cuando habían transcurrido sólo dos años desde el estallido en 1973 de la primera crisis energética y, con ella, la entrada de la economía de los países occidentales más industrializados y, por extensión, el conjunto del sistema económico mundial en una etapa de fuerte recesión. Porque entre 1975 y 1992 terminó viviéndose una fase larga caracterizada, en líneas generales, por el desarrollo de una nueva aceleración en el estallido y/o la permanencia de manifestaciones conflictivas, más visible ahora en el capítulo de las “guerras” que en el apartado relativo a unos “conflictos menores” cuyo número tuvo algunas oscilaciones anuales significativas pero tendió a estabilizarse o crecer de manera casi inapreciable en el largo plazo.

A este aumento continuo y relevante de las acciones bélicas colaboró, entonces, una gama heterogénea de factores. Desde motivaciones básicamente económicas, relacionadas sobre todo con el interés de las grandes potencias por dominar y aprovechar en beneficio propio las áreas con mayores recursos energéticos tras observarse los efectos muy negativos para el sistema económico de los países occidentales industrializados de las crisis petroleras sufridas en 1973 y 1978 (“guerras por el petróleo”), hasta el logro por la Unión Soviética de unos objetivos nuevos en su carrera armamentística tras la fabricación de misiles con ojivas múltiples, particularmente de un misil I.R.B.M. tan sofisticado como el SS-20 que suponía la introducción de un desfase apreciable en el “equilibrio nuclear” vigente y, en último término, el inicio de una “Nueva Guerra Fría” que acabaría desarrollándose entre mediados de los años setenta y los compases centrales del decenio de los ochenta²⁶; la intervención creciente de la U.R.R.S. en varios países africanos y de otras partes del mundo apoyando a las formaciones políticas, sindicales o de cualquier otra naturaleza que tuviesen una orientación político-ideológica de corte progresista e izquierdista, en verdad portadoras casi siempre de una ideología comunista²⁷; el acuerdo del gobierno norteamericano, tomado en la presidencia de G. Bush (padre), tendente a impedir el expansionismo iraquí en Oriente Medio y, en última instancia, continuar manteniendo el dominio sobre los recursos petroleros del Golfo Pérsico²⁸; o, superadas ya las etapas correspondientes a la “nueva guerra fría”, las llamadas “revoluciones de terciopelo”

²⁵ No está demás recordar que, en palabras del presidente norteamericano G. Ford, el tiempo de “distensión” recordaba a la época de la “paz armada”, mientras que H. Kissinger hizo referencia a ella definiéndola como “la zona crepuscular (existente) entre la tranquilidad y la confrontación abierta”. Cfr. NOUSCHI, M.: *op. cit.*, p. 337.

²⁶ “(...) La elaboración de misiles muy precisos, equipados con ojivas múltiples –afirma M. Nouschi– cuestiona el “equilibrio de los desequilibrios”. Y desde 1977 el Ejército Rojo dispone de un nuevo misil I.R.B.M., el SS-20, que da a la U.R.R.S. una superioridad estratégica regional (...) y acentúa los riesgos de “desfase” entre los socios de la Alianza Atlántica”. Cfr. NOUSCHI, M.: *op. cit.*, pp. 337-338.

²⁷ Así ocurrió en Angola y Mozambique cuando, tras la salida del ejército colonial portugués, a partir de 1975 los soviéticos apoyaron a movimientos como el M.P.L.A. o el F.R.E.L.I.M.O. O cuando sólo dos años más tarde se controlaba la Etiopía del coronel Megistu y en 1979 daba comienzo la intervención en Afganistán, hechos que significaban el “inicio de una segunda guerra fría marcada por la formación del tercer círculo de conquistas imperiales soviéticas”. Cfr. NOUSCHI, M.: *op. cit.*, p. 338.

²⁸ El 2 de agosto de 1990, justo el día en que las fuerzas militares iraquíes invadían Kuwait, hacía públicos George Bush en Aspen los nuevos principios a que iban a ajustarse desde entonces los comportamientos político y militar de Estados Unidos en el mundo. “La estrategia de defensa descansará en la disuasión para proteger el sistema central, despliegue hacia delante para preservar a los aliados indispensables y respuesta y capacidad de reconstrucción de las fuerzas en caso de crisis”. Cfr. NOUSCHI, M.: *op. cit.*, p. 395.

y, sobre todo, la quiebra y hundimiento final del bloque socialista en el trienio de 1989-1991, el estallido frecuente de conflictos en el interior de la nueva C.E.I. (Confederación de Estados Independientes) entre Rusia y las repúblicas soberanas que habían logrado separarse de la antigua Unión Soviética²⁹.

En fin, la desaparición del bloque socialista hizo que desde los primeros años noventa empezaran a utilizarse con frecuencia expresiones como “posguerra fría”, “era posnacional”, “fase posestratégica”, “época posnuclear” u otras de idéntica naturaleza que, fruto en buena medida de la aplicación efectiva del Tratado de Washington firmado en 1987 con objeto de impulsar la destrucción de los misiles balísticos existentes en territorio europeo o los nuevos acuerdos sobre desarme nuclear logrados por Rusia y Estados Unidos en 1991 y 1993 (los famosos START I y II), remiten al inicio de un tiempo nuevo caracterizado por la superación definitiva de la guerra fría, el establecimiento de diversos programas tendentes a detener la carrera armamentista y lograr un avance real, incuestionable, de las operaciones de desarme o, en última instancia, promover el desarrollo de unas relaciones pacíficas entre las grandes potencias y todas las naciones del mundo³⁰.

De ahí que en el transcurso del período 1993-2000 no puedan sorprender, por un lado, que la media anual de los conflictos vivos tendiese a disminuir de manera apreciable respecto a los niveles máximos alcanzados en el trienio 1990-1992, para mantenerse, no obstante, en el número todavía relevante de 41 conflictos por año. Y, por otro, que la inmensa mayoría de las luchas correspondiera, nuevamente, a las numerosas contiendas internas y de una importancia menor (“microconflictos”) que continuaron sufriendose en la periferia del mundo desarrollado, es decir, en las naciones más pobres del Tercer Mundo, si bien algunas de sus manifestaciones más violentas tuvieron lugar en el área balcánica del continente europeo.

Y ¿qué cambios se produjeron en la tipología y localización de los conflictos respecto a la primera mitad del Novecientos? Como ya hemos señalado, la primera novedad destacable en relación con la diversidad de los enfrentamientos residió en un avance continuo y creciente de los “microconflictos”, muy superior al crecimiento, asimismo evidente en valores absolutos, de las “guerras”³¹ (a los conflictos menores correspondió un 59% de las luchas en 1956 y nada menos que un 76% a la altura de 1960, manteniéndose por encima del 70% en todo momento a lo largo del último cuarto del siglo xx).

Pero, atendiendo a la totalidad de los choques, se produjeron otras circunstancias reseñables. En primer término, siguiendo la tendencia iniciada en los años inmediatamente posteriores a la II Guerra Mundial, un dominio absoluto de los “conflictos internos” sobre las refriegas de naturaleza “interestatal” o carácter “extrasistémico”, ya que entre 1946 y 2000 correspondió a los primeros, por lo general auténticas guerras civiles, más de cuatro quintas partes de todos los conflictos (en su inmensa mayoría, un 75%, conflictos “internos puros” y sólo 183, el 11% pertenecientes a la categoría de choques “internos con algún tipo de inter-

²⁹ De hecho, la oposición entre los afanes de Rusia por reforzar su autoridad en el área bajo su influencia, tratando de aplicar en ella una política neocolonial, y el interés manifiesto de las autoridades de las nuevas repúblicas independientes por hacer efectiva su soberanía provocó la intervención del ejército ruso en varios de los recientes estados periféricos (Ucrania, Georgia, Chechenia...), siendo estas acciones el motivo fundamental del crecimiento significativo de los conflictos bélicos que se produjo en el trienio de 1990-1992.

³⁰ En esta dirección marcada por los avances de los acuerdos de paz y desarme conviene destacar los avances que significaron la renuncia, en 1992, por todas las potencias nucleares (salvo Francia y China) a efectuar lanzamientos experimentales de bombas atómicas y reforzar los mecanismos de seguridad internacional, el abandono en 1993 por Estados Unidos de su programa I.D.E. (Iniciativa de Defensa Estratégica) y, sobre todo, la firma en 1995 por los gobiernos de 175 países del Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares (T.N.P.) por un tiempo indeterminado.

³¹ Los rasgos diferenciales entre “guerra” y “conflicto menor” en nota 21.

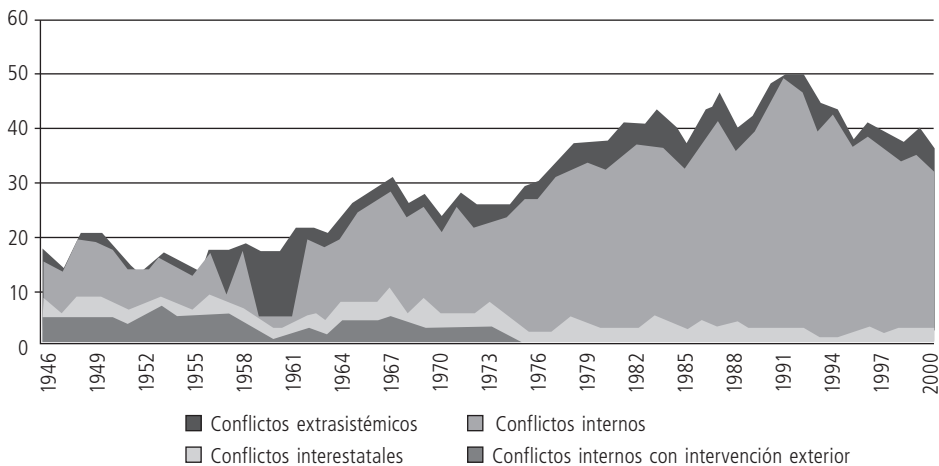
vención exterior”), mientras sólo 112 y 119 enfrentamientos (un 6 y 7%, respectivamente) se adscribieron a las categorías de “conflictos interestatales” y “conflictos extrasistémicos”, es decir, a las luchas entre estados o de alguna entidad estatal con un grupo político armado no estatal (véanse Cuadro 3 y Gráfico correspondiente)³².

CUADRO 3
DISTRIBUCIÓN, POR FASES, DE LAS DISTINTAS CATEGORÍAS DE CONFLICTOS, 1946-2000

Periodos	Internos puros			Internos con intervención exterior			Interestatales			Extrasistémicos		
	N.º	Media-anual	% del periodo	N.º	Media anual	% del periodo	N.º	Media-anual	% del periodo	N.º	Media-anual	% del periodo
1946-1960	114	7,6	46,1	38	2,5	15,4	21	1,4	8,5	74	4,9	30,0
1961-1967	99	14,1	57,2	31	4,4	17,9	19	2,7	11,0	24	3,4	13,9
1968-1974	126	18,0	68,5	18	2,6	9,8	19	2,7	10,3	21	3,0	11,4
1975-1992	634	35,2	84,7	72	4,0	9,6	43	2,4	5,7	0	0,0	0,0
1993-2000	295	36,9	89,7	24	3,0	7,3	10	1,3	3,0	0	0,0	0,0
1946-2000	1.268	23,1	75,4	183	3,3	10,9	112	2,0	6,6	119	2,2	7,1

FUENTES: U.C.D.P. & P.R.I.O., *Armed conflict datasetv4* y *Main conflict tables*, en <http://www.prio.no/CSCW/Datasets/Armed-conflict>. Elaboración propia.

GRÁFICO 5
EVOLUCIÓN DE LOS CONFLICTOS BÉLICOS POR CATEGORÍAS, 1946/2000



³² Los analistas de U.C.D.P. y P.R.I.O. definen a las variadas categorías de conflictos armados del modo siguiente: 1) *Interno puro*: ocurre entre el gobierno de un Estado y uno o más grupos de oposición interna sin la intervención de otros estados; 2) *Interno con intervención exterior*: idéntico al anterior pero con la intervención de otros estados en apoyo de uno o ambos lados; 3) *Interestatal*: ocurre entre dos o más estados; y 4) *Extrasistémicos*: ocurre entre un Estado y un grupo no estatal situado fuera del territorio (son, por definición, territoriales).

Los conflictos “internos”, que venían mostrando ya un desarrollo apreciable desde el final de la II Guerra Mundial, aumentaron con fuerza en el transcurso de los años sesenta, poniéndose así de manifiesto las dificultades extraordinarias que debió sortear el establecimiento de unos regímenes políticos estables y, sobre todo, la implantación de unas sociedades bien articuladas y formadas por grupos e individuos respetuosos con las diferencias no sólo político-ideológicas sino, sobre todo, étnicas y religiosas, en muchos de los países asiáticos y africanos que terminaban de acceder a la independencia.

Y mayor fue aún su vigencia, tanto si se trataba de guerras civiles clásicas como de luchas internas de nuevo formato, desde mediados de los años setenta, para terminar convirtiéndose en la clase de enfrentamientos armados que mostró una superioridad absoluta en el conjunto de los choques muy numerosos que estallaban o permanecían vivos cada año en los decenios de 1980 y 1990 (alcanzaron su máxima expresión, concretamente, en el trienio de 1990-1992).

Quedaba, así, de manifiesto un rasgo esencial de los conflictos armados de nuestro tiempo, el dominio incuestionable de las guerras internas (con o sin intervención exterior) debidas no tanto a causas de naturaleza territorial (interés por el control sobre un espacio geográfico determinado) y sólo algunas veces a factores de carácter político-ideológico, como, básicamente, a las ansias de poder mostradas justo en los países más pobres y con una estabilidad política más limitada por una o varias facciones, organizaciones o grupos pertenecientes a la misma comunidad política y/o nación cultural que sus opositores pero distintos y, fruto de ello, enfrentados la mayoría de las veces sólo por elementos raciales, religiosos, culturales o ligados a unos contrastes muy fuertes en materia de actitudes, comportamientos y formas de vida³³.

A su vez, los conflictos “interestatales” vivos, aquéllos que enfrentaron a las fuerzas de dos o más estados, no pasaron de 2 ó 3 por término medio, resultando testimoniales e, incluso, inexistentes en algunos momentos, como sucediera en el quinquenio de 1993-1997, y logrando su máxima frecuencia en 1967 y 1969, al producirse cinco enfrentamientos anuales justamente cuando estaba viviéndose ya el tiempo de “distensión” en las relaciones Este-Oeste y el conjunto del sistema geopolítico mundial que pudo disfrutarse entre mediados de los años sesenta y los compases centrales del decenio de los setenta. Una circunstancia ésta determinante, a su vez, de los factores relacionados con los intereses de naturaleza territorial y no político-ideológica que estuvieron en el origen de casi todas estas guerras³⁴.

Por último, los conflictos de naturaleza “extrasistémica” (entre un estado y un grupo no estatal situado fuera del espacio geográfico correspondiente al primero o bajo su dependencia colonial), que resultan por definición choques debidos a litigios territoriales, fueron siempre poco numerosos, alcanzaron su máxima expresión en los años cincuenta (6/7 choques anuales)

³³ Los 52 conflictos armados vivos en 1991 y 1992 se repartieron del modo siguiente: 2 interestatales (India-Pakistán e Irak-Kuwait) y 50 internos puros localizados en Afganistán (1), Argelia (1), Angola (2), Bangladesh (1), Burundi (1), Chad (1), Camboya (1), Colombia (1), Djibouti (1), El Salvador (1), España (1), Etiopía (4), Georgia (1), Guatemala (1), Haití (1), India (4), Indonesia (1), Irán (1), Irak (2), Israel (1), Liberia (1), Mali (1), Mozambique (1), Myanmar (4), Perú (1), Reino Unido (1), República Filipinas (1), Rusia (1), Ruanda (1), Sierra Leona (1), Somalia (1), Sri Lanka (1), Sudán (1), Togo (1), Turquía (2), Uganda (1) y Yugoslavia (2). Resulta, así, muy evidente su desarrollo y concentración justo en las regiones más pobres y con una estabilidad política menor localizadas en el sudeste asiático, África y América Central, todas ellas pertenecientes al Tercer Mundo o, en el mejor de los casos, a zonas en vías de desarrollo.

³⁴ Entre los cinco conflictos armados de carácter interestatal a que estamos haciendo referencia, sólo el mantenido por los ejércitos de Vietnam del Norte y Vietnam del Sur se debió, en el fondo, a motivos político-ideológicos relacionados con la pugna entre el capitalismo y el comunismo pues los restantes fueron luchas por el dominio sobre algunos territorios, normalmente limítrofes. Eran los casos del enfrentamiento entre China e India por las regiones del Aksai Chin y Aru Nachal Pradesh o de China y Myanmar por algunos espacios fronterizos, así como los de Israel y Egipto por las zonas del Sinaí y el Canal de Suez, Israel y Jordania por algunos terrenos de la franja occidental israelí, Israel y Siria por la ocupación de los Altos del Golán o entre El Salvador y Honduras debido a su litigio sobre algunos terrenos que se situaban en la frontera de ambos estados.

debido a las luchas que estallaron frente al Reino Unido en Malasia o Kenia y contra Francia en Camboya, Vietnam, Laos, Túnez o Marruecos y, fruto en buena medida de la llegada a su fin de las guerras por la independencia en antiguos territorios coloniales, acabaron ya sin manifestación alguna desde mediados de los años setenta.

A su vez, atendiendo a la distribución geográfica de los conflictos merece reseñarse, en primer término, una especial concentración en los territorios asiático y africano, dos grandes espacios en los que, al corresponderles un 43 y 28% de los choques respectivamente, llegaron a producirse casi tres cuartas partes de todos los enfrentamientos. Luego, a una distancia ya muy apreciable, se situó la región de Oriente Medio, siendo en los subcontinentes americanos del Sur y el Norte, sobre todo en este último, junto a los estados antiguos o recientes de la vieja Europa donde la conflictividad resultó menos intensa, aunque también fue en su ámbito geográfico donde se sufrieron las dos guerras mundiales causantes de un número mayor de fallecidos y, al final del Novecientos, algunas de los conflictos por motivos étnicos o religiosos más violentos de toda la centuria (choque serbo-croata de Kosovo).

Y, en segunda instancia, que las luchas internas, ya fueran simples o con participación exterior, mostraron un dominio absoluto en todas las regiones (les correspondió el 86% de los conflictos a escala mundial) pero alcanzaron en los continentes americano y europeo, por este orden, un peso relativo superior al que terminarían logrando en los espacios afectados por una conflictividad más acusada, en valores absolutos, de África, Asia u Oriente Medio. No en vano, a las guerras civiles correspondió un 96% y 91% de los choques armados en América (casi todos ellos en América del Sur) y Europa, mientras su entidad relativa alcanzaba sólo un 83, 85 y 86% en los vastos territorios de África, Asia o la zona más reducida pero siempre muy caliente gracias a su riqueza petrolera de Oriente Medio.

Resulta, así, evidente que las expresiones guerracivilistas fueron mayoritarias no sólo en las regiones y países en vías de desarrollo o más pobres, habitados, además, por grupos humanos con lenguas, etnias, religiones o culturas muy distintas, sino también, y en mayor medida aún, en los territorios con unas economías más avanzadas, plenamente industrializadas, sociedades más modernas, regímenes políticos con una tradición liberal-democrática más arraigada y un sistema cultural de raíz ilustrada, espacios donde un número elevado de los litigios político-ideológicos que estallaron durante la centuria, sobre todo en las décadas 1920 y 1930, acabarían dirimiéndose con el recurso habitual a las siempre divisivas y nunca cohesivas guerras civiles (véanse Cuadro 4 y Gráfico 6).

En fin, vistos desde una perspectiva cronológica, en el transcurso de la segunda mitad del Novecientos los conflictos bélicos localizados en Europa tuvieron alguna mayor intensidad en 1946-1948, fruto especialmente de la ocupación llevada a cabo por el ejército soviético en las repúblicas bálticas (Estonia, Letonia y Lituania) y el territorio de Ucrania justo en los primeros compases de la guerra fría; y, bastante tiempo después, en 1991-1993, debido sobre todo a las fuertes tensiones políticas y territoriales que surgieron en aquel mismo espacio geográfico tras el hundimiento de los regímenes del socialismo real, la desintegración de la U.R.R.S., el nacimiento de la CEI (Comunidad de Estados Independientes) y, en concreto, los afanes de Rusia por seguir manteniendo su poder e influencia en las nuevas repúblicas que habían adquirido el carácter de estados independientes tras la desaparición del viejo imperio soviético³⁵.

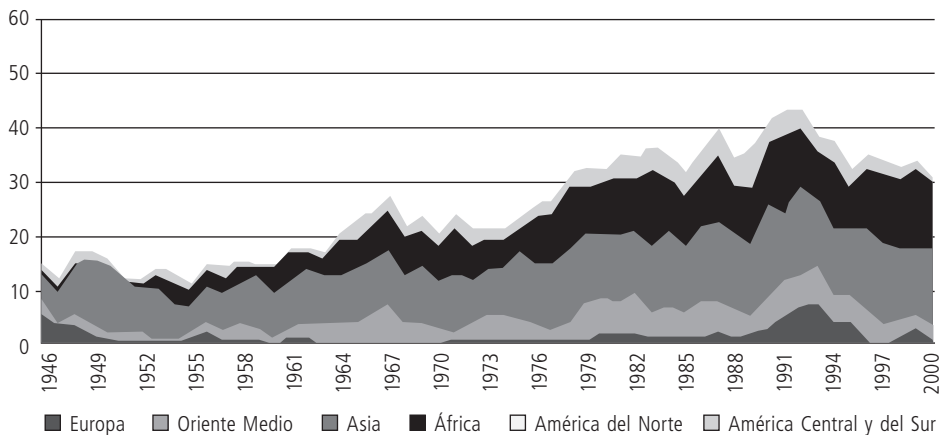
³⁵ En el trienio 1991-1993 los conflictos bélicos localizados en territorio europeo se situaron en España e Irlanda, a causa de las tensiones mantenidas por los gobiernos español y británico con los grupos independentistas de E.T.A. y el I.R.A., respectivamente, y, sobre todo, en los espacios tanto de la antigua Yugoslavia, donde había estallado ya la guerra entre serbios, de un lado, y eslovenos o croatas, de otro, como de las zonas pertenecientes a Moldavia y Bosnia-Herzegovina o algunas repúblicas que pretendían alcanzar su independencia respecto al nuevo poder ruso (concretamente Georgia y Azerbaiyán).

CUADRO 4
REPARTO DE LOS CONFLICTOS ARMADOS VIVOS POR TIPOS
Y ÁREAS GEOGRÁFICAS, 1946-2000

Región	Extrasistémicos		Interestatal		Interno simple		Interno con participación externa		TOTAL	
	N.º	%	N.º	%	N.º	%	N.º	%	N.º	%
Europa	5	4,2	3	2,6	76	5,8	8	5,6	92	5,5
Américas	1	0,8	5	4,3	148	11,3	1	0,7	155	9,2
Oriente Medio	5	4,2	28	24,3	178	13,7	20	14,0	231	13,7
África	68	56,6	14	12,2	331	25,4	62	43,3	475	28,2
Asia	41	34,2	65	56,6	571	43,8	52	36,4	729	43,4
TOTAL	120	100,0	115	100,0	1.304	100,0	143	100,0	1.682	100,0

FUENTES: U.C.D.P. & P.R.I.O., Armed conflict datasetv4 y Main conflict tables, en <http://www.prio.no/CSCW/Datasets/Armed-conflict>. Elaboración propia.

GRÁFICO 6
EVOLUCIÓN DE LOS CONFLICTOS BÉLICOS POR ESPACIOS GEOGRÁFICOS,
1946/2000



En la región de Oriente Medio los conflictos armados de la segunda mitad del Novecientos empezaron con la lucha que venían manteniendo desde 1939 el I.Z.L. (Etzel) y el ejército británico en Israel, produciéndose un aumento importante de las luchas en 1963-1965 y, sobre todo, en el bienio 1966-1967, cuando a los enfrentamientos entre las fuerzas británicas y algunos grupos independentistas (F.L.O.S.Y., N.L.F.) en la zona sur del Yemen o las acciones de naturaleza etnocida llevadas a cabo por Irán e Irak sobre los kurdos se unieron las refriegas cada vez más abundantes y violentas entre las fuerzas militares de Israel, que defendían el territorio perteneciente, en su opinión, al nuevo estado judío y las unidades correspondientes a los ejércitos de Egipto, Jordania o Siria que guerrearon en la península del Sinaí, los Altos del Golán o la franja occidental del espacio geográfico que venía siendo objeto de litigio entre judíos (israelíes) y árabes (palestinos).

Luego pudo disfrutarse un tiempo de calma relativa hasta el aumento muy significativo de las tensiones que se produjo en 1979-1982, cuando a la guerra entre israelíes y palestinos o el conflicto violento de Irán e Irak (1982) se unieron las refriegas internas animadas por distintos grupos religioso político-ideológicos en varios países árabes, desde el N.F.D. en Yemen a los muyaidines y otros en Irán, el J.S.M. en Arabia Saudí, el L.N.M. en Líbano o los musulines en Siria, para situarse en la media anual ya elevada de 7/8 conflictos vivos hasta mediados de los años noventa y observarse un descenso apreciable sólo en el quinquenio final de la centuria.

El continente asiático fue, con mucha diferencia, el espacio geográfico que sufrió en todo momento un número mayor de conflictos bélicos (la media anual llegó a 13 enfrentamientos armados vivos durante la segunda mitad del Novecientos). Y, como sucediera en otras regiones, también en Asia alcanzaron una intensidad especial en algunas coyunturas. Primero, en 1948-1951, cuando arreciaron las luchas independentistas o de otro tipo en Camboya, la República Democrática de Vietnam, Laos, Indonesia y Malasia para sacudirse el dominio ejercido por las viejas potencias coloniales europeas (Francia, Holanda, Inglaterra...), seguía desarrollándose el conflicto territorial entre indios y pakistaníes y algunos estados del sur y el sudeste vieron surgir en su territorio diversos grupos armados que, en su lucha continua y, a veces, en extremo violenta por el poder, acarrearón una profunda inestabilidad política en esta zona del mundo. Más tarde, en 1978-1978, cuando a las guerras interestatales de Camboya-Vietnam y Camboya-Tailandia se unió en varios países un largo rosario de enfrentamientos entre las fuerzas militares gubernamentales y uno o varios grupos armados de oposición, poniéndose así de manifiesto las enormes dificultades a que hubieron de hacer frente los nuevos estados independientes para mantener la estabilidad política y asegurar el orden público el territorio bajo su jurisdicción. Y, finalmente, a lo del trienio 1990-1992, una coyuntura en la que arreciaron otra vez las luchas internas, es decir, de naturaleza guerracivilista y debidas no tanto a causas político-ideológicas como a factores étnicos o religiosos (entre la veintena de conflictos que permanecían vivos en Asia a comienzos de los años noventa, sólo la guerra indo-pakistaní fue una lucha interestatal).

El territorio africano ocupa, tras los países asiáticos, el segundo lugar en la jerarquía de los marcos geográficos con un número más elevado de conflictos bélicos, aumentando en él las refriegas, internas en su inmensa mayoría, prácticamente de una manera continua a lo largo del tiempo y logrando una media anual de 9 enfrentamientos que sería, no obstante, superada con creces en las coyunturas de 1981-1983, 1991 y 1997-1999.

El primer repunte significativo de la conflictividad tuvo ya lugar entre 1966 y 1971, manteniéndose entonces vivas cada año 9 ó 10 guerras relacionadas, unas veces, con las luchas por la soberanía mantenidas en los pocos territorios que aún estaban bajo dependencia colonial (así ocurría en las colonias portuguesas de Angola, Guinea y Mozambique) y, otras, con las enormes dificultades a que debieron hacer frente las nuevas autoridades de casi todos los países que habían logrado independizarse entre 1958 y 1963 para resolver tanto los conflictos étnicos, religiosos o culturales que seguían manifestándose entre las diversas comunidades nacionales integrantes de los nuevos estados como, sobre todo, las frecuentes y descarnadas luchas de poder abiertas, gracias muchas veces a la disponibilidad de un apoyo militar y financiero externo, entre distintas organizaciones militares o paramilitares que operaban, a su vez, en el marco de la política de bloques. De hecho, así ocurrió en los casos de Chad (F.R.O.L.I.N.A.T.), Ghana (N.L.C.), Etiopía (E.L.F.), Madagascar (M.N.I.M.), Marruecos, Nigeria (fuerzas PATRICK NZEOGWU), Sudáfrica (S.W.A.P.O.), Sudán (ANIA NYA y Partido Comunista Sudanés), Uganda (fuerzas IDI AMIN), Zaire (F.L.N.C.) o Zimbabwe-Rhodesia (Z.A.P.U.).

Un nuevo rebrote se produjo durante el trienio 1981-1983 al mantenerse en activo viejos conflictos o estallar otros nuevos, con apoyo de fuerzas militares y civiles procedentes de

Cuba, Libia, Senegal o Tanzania, entre las fuerzas gubernamentales y uno o varios grupos opositores, vinculados casi siempre a la izquierda más radical, en países como Angola (UNITA), Chad (F.A.N.), Etiopía (T.P.L.F., E.P.L.F., O.L.F., W.S.L.F.), Gambia (N.R.C.), Ghana, Marruecos (FRENTE POLISARIO), Mozambique (R.E.N.A.N.O.), Sudáfrica (S.W.A.P.O., A.N.C.) o Uganda (F.U.N.A., P.A.R.A., N.R.A., U.N.R.F.). Y este aumento de las guerras civiles tuvo lugar justo cuando llegaba a uno de sus niveles más altos y dramáticos la hambruna casi generalizada, fruto a su vez de las estragos causados por la sequía, que venía sufriendose desde hacía varios años en la mayor parte de los estados africanos.

Así, la correlación bidireccional entre conflictos bélicos y hambruna resulta inequívoca, de manera que, en opinión de Lloyd Timberlake, “1984 fue un año en el que se enviaron a África ingentes cantidades de grano, pero también el primero en la historia de África en que el valor de las armas importadas por el continente fue superior al valor de sus importaciones de cereal”. De ahí que en 1985 el continente africano apareciese como un territorio en ebullición, con unos diez millones de personas localizadas fuera de su domicilio habitual al tratarse de “refugiados ambientales” y “refugiados políticos”, es decir, “personas huidas de una tierra que no podía ya sustentarlas o huidas de la guerra, la guerra civil y la represión gubernamental. Porque los nexos entre las guerras africanas y las “sequías” africanas estaban tan entrelazados que resultaba imposible saber quién huía de qué y por qué razón”³⁶.

En última instancia, de nada o muy poco sirvieron a fin de mejorar la situación descrita el hundimiento de los regímenes del socialismo real y, con éste, la desaparición de la U.R.R.S., que había venido apoyando en los terrenos político, militar y financiero a una buena parte de las fuerzas de oposición activas en el continente africano; o el incremento, siempre muy débil en relación a las necesidades, de la ayuda al desarrollo concedida por los países ricos. Porque a comienzos de los años noventa se lograba la media anual más alta de conflictos bélicos en la segunda mitad del siglo xx (18 enfrentamientos en 1991), para mantenerse en unos niveles próximos a ella a lo largo de todo el decenio final de la pasada centuria (en 1997 se alcanzó una media anual de 17 enfrentamientos).

Finalmente, en el continente americano se alcanzaron unos niveles de conflictividad muy bajos, no superándose la media de tres enfrentamientos anuales. Porque ninguna guerra o choque menor se produjo en el territorio de los Estados Unidos, aunque las fuerzas militares norteamericanas sí realizaron intervenciones directas en algunos lugares de Centroamérica (en 1950 se enfrentaban al Partido Nacional Puertorriqueño, mientras en 1983 invadían la isla de Granada y en las navidades de 1989 procedieron a la ocupación militar de la ciudad de Panamá). Y en las tierras centro y sudamericanas, aunque se produjo un número de conflictos mayor que el sufrido en el continente europeo, los choques entre distintas organizaciones armadas nunca fueron abundantes, teniendo lugar, además, la mayoría en el decenio de los años ochenta.

Entre 1981 y 1988 se desarrollaron choques armados entre los ejércitos gubernamentales y diversas fuerzas guerrilleras, integradas normalmente por grupos con una ideología más o menos revolucionaria y una orientación marxista-leninista o maoísta, en Colombia (F.A.R.C., M-19, E.L.N., E.L.P.), El Salvador (F.M.L.N.), Guatemala (E.G.P., F.A.R. I, F.A.R. II, O.R.P.A., U.R.N.G.), Nicaragua (C.O.N.T.R.A., F.N.D.), Perú (SENDERO LUMINOSO) y Surinam (S.L.A.). Unos enfrentamientos a los que se añadirían en 1989 los mantenidos por otras fuerzas en Perú (M.R.T.A.), Haití (H. REBU y G. FRANÇOIS), Panamá (M. GIROLDI) y Paraguay (GENERAL RODRÍGUEZ).

³⁶ Cfr. TIMBERLAKE, LI.: *África en crisis. Las causas. Los remedios de la bancarrota ambiental*, Madrid, Cruz Roja Española, 1987, pp. 22 y 225-227.

Sin embargo, estos conflictos bélicos entre las formaciones políticas de izquierdas, que exigían la aceleración e intensificación de las reformas más beneficiosas para las clases populares, y los partidos más tradicionales, demandantes sólo de una vuelta a los gobiernos constitucionales, no revolucionarios, se produjeron en los años ochenta a la vez que tenía lugar un abandono creciente del poder por los mandos y fuerzas del ejército, es decir, un traspaso masivo de la autoridad a gobernantes civiles y, con ello, un avance notable de los regímenes democráticos que se vio favorecido, además, tanto por la incidencia negativa de la crisis económica mundial sufrida aún en los compases iniciales del decenio como los apoyos del gobierno norteamericano a la desmilitarización y el establecimiento de sistemas representativos en las tierras situadas al sur del Río Grande. O que desde los primeros años noventa, la quiebra de los regímenes del socialismo real y el derrumbe del bloque soviético convirtieran a la revolución sandinista “en el último y muy forzado episodio de un ciclo revolucionario que llegaba ya a su fin”³⁷.

3. ...Y UNOS APUNTES FINALES SOBRE LOS CAMBIOS EN LA NATURALEZA DE LA GUERRA

En trazos muy gruesos, la interrelación de factores como los motivos iniciales del conflicto, su geografía (localización), los agentes institucionales o de carácter social participantes en las disputas, los modos operatorios aplicados en el transcurso de la lucha, las conexiones observables entre las partes enfrentadas y los estados o la sociedad civil correspondientes, los acuerdos jurídico-políticos tomados en orden a la resolución de los litigios o, en fin, los efectos de índole muy diversa, sobre todo humanos y materiales, generados por las contiendas permiten articular las transformaciones sufridas a lo largo del Novecientos por la naturaleza esencial de las guerras en varias etapas.

En el transcurso del período 1900-1913 seguiría desarrollándose un tipo de conflictos que se ajustó, en buena medida, al modelo de las “*guerras clásicas*” formado en la época moderna, es decir, en el tiempo de las monarquías absolutas centralizadas y los primeros estados-nación provistos ya de ejércitos nacionales, y se mantuvo en vigor durante todo el Ochocientos y los compases iniciales del siglo xx, justo hasta el momento en que arrieron los ataques a la democracia liberal cuando mediaba el segundo decenio de la centuria.

Nos referimos a unas luchas que terminaron caracterizándose por un dominio absoluto de las causas ligadas a disputas territoriales (anexión o secesión de territorios con el desplazamiento consiguiente de fronteras) y su aparición en virtud de los intereses, sobre todo espaciales, mostrados por uno o más estados, cuya defensa se impulsaba normalmente con una remoción intensa del sentimiento patriótico; su estallido más habitual en el marco geográfico europeo; el choque de unos ejércitos nacionales formados mediante el alistamiento general de todos los ciudadanos útiles para el combate y financiados, en su mayor parte, con recursos monetarios estatales aprobados en asamblea de representantes; una ejecución de los combates ajustada, por lo general, a las reglas y principios bien conocidos y habitualmente respetados

³⁷ Cfr. PÉREZ BRIGNOLI, H.: *Breve historia de Centroamérica*, Madrid, Alianza Editorial (Bolsillo), 2000, p. 189. Más adelante sostiene que a finales de los años ochenta tuvo lugar “la aparición de una combinación, más complicada que en el pasado, entre conflicto y negociación; aunque el nivel de violencia general disminuía poco (...), sí existía un progresivo y mutuo reconocimiento de las partes en conflicto y una confianza, aunque sea mínima, en las posibilidades de la negociación. Quizás fue el desarrollo paulatino de esta conciencia lo que permitió una salida negociada de más de una década de crisis, muerte y desolación (...)”. Cfr. PÉREZ BRIGNOLI, H.: *op. cit.*, p. 211.

que formaban el *ius in bello* a que se hacía ya mención en los textos fundamentales del Derecho Internacional Humanitario³⁸ (desarrollo de las acciones en campo abierto y unos días y horas de cada jornada diurna fijados de antemano, limitación de los efectos a los soldados integrantes del ejército regular, separación nítida entre militares y civiles, respeto a la vida de los presos y heridos, etc.); la asignación de competencias para firmar declaraciones de guerra y paz a las máximas autoridades de los ejércitos en liza (tras el acuerdo preceptivo de los responsables militares); o, gracias al empleo de un armamento tradicional, con una tecnología y capacidad destructiva todavía escasas, unos efectos no excesivamente devastadores, relacionados con los que harían su aparición más tarde, en lo que se refiere a la pérdida de vidas humanas y/o los destrozos de equipamientos e infraestructuras materiales.

Luego, en la etapa de 1914-1945, el desarrollo de las dos guerras mundiales y otros conflictos especialmente violentos, generadores de unas destrucciones masivas, marcaron la época que, siguiendo la terminología de Clausewitz, fue llamada de “guerra absoluta” y acabó definiéndose como el tiempo de la “guerra total”.

Fruto, más que nada, de razones ideológicas, en particular el interés por destruir todas las concepciones sostenidas por las organizaciones o grupos políticos rivales³⁹, y atizadas por sus impulsores mediante el recurso a sentimientos menos tangibles aún que el patriotismo (casos de la lucha contra el mal, la superioridad de la raza y la moral propias o el derecho a extirpar las ideas del contrario, en suma, las “religiones seculares” de E. Gellner)⁴⁰, los actores fueron ahora ejércitos nacionales correspondientes a países de todos los espacios continentales, que tuvieron en ocasiones el apoyo de movimientos políticos de resistencia con orígenes y caracteres muy heterogéneos.

Sin embargo, fue en la geografía y, sobre todo, tanto en los modos operatorios como en los efectos, demográficos o socioeconómicos, de los conflictos donde residió la verdadera singularidad de la “guerra total”. De un lado, porque en ella los contendientes iniciales arrastraron tras de sí a un buen número de países y ejércitos aliados, al mismo tiempo que el ideario imperialista y su corolario en los afanes expansivos de Alemania terminarían llevando la guerra a una buena parte de Europa e, incluso, a territorios muy extensos y lugares estratégicos de otros continentes. Y, de otro, porque las reglas tradicionales a que se había ajustado previamente la conducción de las hostilidades fueron, en buena medida, abandonadas al organizarse los ejércitos en grandes divisiones provistas de un armamento con una capacidad destructiva extraordinaria (base principal de la “guerra mecanizada”) que acabó siendo utilizado día y noche en campañas de larga duración realizadas en diferentes épocas del año y bajo toda clase de condiciones ambientales o climáticas.

Además, se produjo entonces una auténtica fusión entre guerra, estado y sociedad pues no sólo el conjunto de los recursos estatales, políticos o financieros, sino también la generalidad de las acciones realizables por la comunidad nacional quedaron supeditadas al logro del triunfo militar tras la previa aniquilación total del enemigo.

Finalmente, si el recurso a las acciones de pillaje y exterminio, la guerra partisana o los bombardeos indiscriminados sobre ciudades donde residía un número elevado de habitantes terminaron haciendo desaparecer o convirtiendo en unos trazos muy borrosos las líneas divisorias, normalmente respetadas con anterioridad, entre militares y civiles, es decir, entre

³⁸ Se trataba del I Convenio de Ginebra aprobado el 22 de agosto de 1864, la Declaración de San Petersburgo de 1868 y la I y II Conferencias Internacionales sobre la Paz de la Haya, de 1899 y 1907, sobre protección de las víctimas y conducción de las hostilidades, respectivamente.

³⁹ Cfr. BOUTHOU, G. y CARRÉRE, R.: *op. cit.*, pp. 47-48.

⁴⁰ Cfr. KÁLDOR, M.: *Las nuevas guerras. Violencia organizada en la era global*, Barcelona, Criterios Tusquets, 2001, p. 43.

combatientes y no combatientes, la guerra mecanizada y, en particular, los “huracanes del acero” a que hiciese referencia E. Junger provocaron el abandono de la noción de homicidio⁴¹ y, fruto de unos combates desarrollados con una dureza o, más aún, una brutalidad y unos niveles de violencia desconocidos previamente, una pérdida de vidas humanas y unos destrozos materiales en verdad extraordinarios, sin parangón alguno con los efectos demográficos y económicos generados por cualquiera de los conflictos que habían formado hasta entonces la historia de la guerra.

Más tarde, una buena parte de los elementos que otorgaron su especificidad al concepto de “guerra total” seguirían definiendo aún a los enfrentamientos bélicos, sobre todo a las disputas en que se alcanzó un nivel más alto de violencia, en ocasiones una auténtica barbarie llevada al paroxismo (casos de las guerras interestatales de Indochina contra Francia, Vietnam frente a Estados Unidos e India y Pakistán o las durísimas luchas internas, civiles, de Nigeria y Camboya).

Sin embargo, en el tiempo de la “Guerra Fría” (1945-1975/1980) a que se circunscribió una nueva fase en la historia de las guerras novecentistas hicieron su aparición otros rasgos singulares vinculados, esencialmente, a los factores causales y la geografía de los conflictos. Porque, de una forma muy visible en los años de la primera guerra fría (1945-1955) y la coexistencia pacífica (1956-1965), el recuerdo todavía nítido de los efectos devastadores ocasionados por la bomba atómica en Hiroshima y Nagasaki, unidos a la psicosis de guerra permanente generada a escala mundial por el avance extraordinario del armamentismo en las dos superpotencias (Estados Unidos y la U.R.R.S.)⁴² y, más aún, la circunstancia de asistirse a un desarrollo excesivo y notablemente equilibrado de los arsenales nucleares hicieron que en el origen de la mayoría de los conflictos de este período no se hallaran razones territoriales, es decir, el interés de las naciones por ampliar su dominio más allá de las fronteras ya existentes, sino motivos relacionados con el choque de ideologías políticas rivales, apoyadas por alguna de las grandes potencias, y, más aún, factores vinculados a las pretensiones de soberanía nacional mostradas por un buen número de pueblos que, tras alcanzar su condición de verdaderas comunidades políticas, quisieron sacudirse el yugo del colonialismo para transformarse en estados libres, soberanos e independientes.

Y, fruto de este crecimiento muy apreciable de “los conflictos internos a causa, sobre todo, de los disturbios coloniales, las descolonizaciones y la exacerbación de las ideologías”⁴³, las guerras de cualquier intensidad abandonaron ya su condición de un fenómeno esencialmente europeo, o con unas manifestaciones más frecuentes en los países del mundo occidental desarrollado, para transformarse en un hecho común y, por ello mismo, en un fuerte obstáculo

⁴¹ A este abandono de la noción de homicidio por efecto de la “guerra mecanizada” hicieron referencia hace ya tiempo G. Bouthoul y R. Carrère cuando señalaban que “desde 1914, y cada vez más, desaparece la relación física y humana entre el hombre y aquél a quien mata o que le mata, la relación homicida. Como en la economía, es ahora la máquina y no el hombre la que produce y multiplica el efecto del acto. Porque, (situado) en el último eslabón de la cadena, un solo hombre puede, con un solo gesto, matar sin verlos a miles de hombres, combatientes como él o civiles, e, incluso, a millones de hombres”. Cfr. BOUTHOU, G. y CARRÉRE, R.: *El desafío...*, pp. 149-150.

⁴² En relación con este asunto G. Bouthoul y R. Carrère señalaban hace ya tiempo con toda claridad que “desde 1945, con la presencia disuasoria del arma atómica, las guerras han tomado el cariz de guerras indirectas, locales y limitadas (...) por el temor a un Apocalipsis”. Cfr. BOUTHOU, G. y CARRÉRE, R.: *op. cit.*, p. 47. Y M. Káldor que a partir de los años cincuenta “se sostuvo una especie de psicosis de guerra permanente basada en la teoría de la disuasión”. Cfr. KÁLDOR, M.: *op. cit.*, p. 48.

⁴³ Cfr. BOUTHOU, G. y CARRÉRE, R.: *op. cit.*, p. 87. Algunas páginas más atrás señalaban ya los polemólogos franceses que a partir de los años sesenta comenzaron a proliferar “conflictos que son guerras de sucesión de pueblos que se disputan la herencia de un imperio colonial (...), guerras irracionales (...) con intervención de etnias rivales y apasionadas (...), enfrentamientos confusos, matanzas y éxodos”. Cfr. BOUTHOU, G. y CARRÉRE, R.: *op. cit.*, p. 57.

para el crecimiento económico y la modernización social en los nuevos estados resultantes del proceso de descolonización distribuidos, sobre todo, por los continentes asiático y africano.

Lo cierto es que en el período de 1945-1980 no cesaron de aumentar los conflictos debidos a factores ideológicos o de naturaleza étnica y religiosa, aunque muchos de ellos tuvieran, asimismo, una base económica ligada al interés por controlar los recursos naturales, sobre todo el petróleo y los minerales estratégicos, disponibles en cada territorio. Unas guerras que, siendo cada vez menos choques interestatales declarados y resueltos en base a las normas fijadas por el Derecho Internacional y, *sensu contrario*, cada vez más un tipo de enfrentamientos bastante irracional, confuso en sus motivaciones, heterogéneo en sus participantes y generador de unas matanzas o éxodos (desplazamientos de pueblos) crecientes, anunciaban ya la clase de contiendas que terminarían siendo dominantes, casi exclusivas, a lo largo de las dos últimas décadas del Novecientos⁴⁴.

En efecto, el desarrollo desde comienzos de los años ochenta de la “Nueva Economía Global” y la “Sociedad de la Información”, propiciadoras tanto de un aumento muy significativo de las relaciones económicas, políticas, militares o culturales entre los distintos estados y empresas multinacionales a escala planetaria como, al mismo tiempo, un debilitamiento apreciable de la soberanía y acción autónoma relativos al Estado-nación tradicional, formaron el contexto necesario para el estallido a un ritmo creciente de unos enfrentamientos bélicos que, atendiendo a sus causas y objetivos, localización, actores, prácticas de combate, modos de financiación, vías resolutorias o consecuencias humanas y materiales, resultaron muy distintos a los que habían tenido lugar en el período de la guerra fría⁴⁵.

En torno a su denominación, factores causales y rasgos básicos de estas disputas no se ha producido todavía consenso alguno entre los máximos especialistas en el análisis de las guerras recientes. Lo primero, porque son aún muy abundantes y, en ocasiones, dispares las expresiones que han venido utilizándose y siguen empleándose para referirse a estos conflictos, desde su etiquetamiento como “guerras limitadas”, “guerras indirectas”, “guerras irregulares” o “guerras informales” por varios polemólogos ya clásicos que resaltaron su desarrollo sin la intervención de ejércitos nacionales (G. Bouthoul, R. Carrère, Q. Wright...) a su calificación de “guerras salvajes”, “guerras de la tercera ola”, “guerras civiles moleculares”, “guerras neohobbesianas”, “guerras difusas” o “guerras degeneradas” por quienes ponen el acento en la descentralización de los actores y la práctica de la violencia más extrema en las operaciones, casos de W. Sofky, A. Toffler, H.M. Enzensberger, Trutz von Throtta, E. Sánchez Gómez y M. Shaw, respectivamente; o las denominaciones más recientes y, por lo general, también más aceptadas debido a su eficacia y simplicidad de “guerras posmodernas” y “nuevas guerras” que defendieran hace ya algún tiempo Herfried Münkler y la británica Mary Káldor⁴⁶.

⁴⁴ Ubicando su inicio a comienzos de los años sesenta, M. Káldor hace referencia a “un avance de las guerras “irregulares” e “informales”, verdadero preludio de unas formas nuevas de hacer la guerra. /Porque/ Los actores, las técnicas y las contratécnicas que surgieron (...) iban a proporcionar la base para las nuevas formas de violencia social y organizada (...). Y ya antes del final de la Guerra Fría empezamos a ser conscientes de lo que Luttwakk llama la nueva belicosidad (...)”. *Cfr.* KÁLDOR, M.: *op. cit.*, p. 48.

⁴⁵ El debilitamiento muy fuerte de su autoridad sufrido por los estados nacionales clásicos en el último cuarto del Novecientos, debida a la cesión de funciones y competencias a unidades políticas de carácter supranacional y el ataque lanzado, en su interior, por diversos movimientos independentistas de naturaleza centrífuga, es reconocida por todos los estudiosos de la realidad política. Y tratando de explicar su influjo sobre los cambios en la naturaleza de las guerras, M. Káldor no duda en señalar que éstas “surgen en el contexto de la erosión de la autonomía del Estado y, en ciertos casos extremos, de la desintegración del Estado. En concreto, aparecen en el contexto de la erosión del monopolio de la violencia legítima”. *Cfr.* KÁLDOR, M.: *op. cit.*, p. 19.

⁴⁶ En los trabajos del analista alemán pueden encontrarse las referencias más abundantes sobre la denominación y el concepto aplicados a las guerras de nuestro tiempo por diferentes estudiosos. *Cfr.* MÜNKLER, H.: *op. cit.*, pp. 30-33. Sobre los motivos subyacentes de la expresión “nuevas guerras” véase KÁLDOR, M.: *op. cit.*, pp. 16-17.

Y acerca tanto de las motivaciones como los rasgos fundamentales de los conflictos armados, porque las guerras del período más reciente y la época actual muestran un grado de complejidad que las hace, muchas veces, incomprensibles (de “guerras irracionales” se habla con frecuencia⁴⁷) atendiendo a los parámetros de uso más corriente en el análisis histórico de los enfrentamientos bélicos⁴⁷.

Entre los motivos de las disputas corresponde ya un papel muy limitado, casi inapreciable, a los litigios territoriales en reivindicación de espacios fronterizos o demarcaciones no limítrofes. Y una importancia escasa tienen, asimismo, los factores ligados a la defensa de cualquier ideología política tradicional (liberalismo, capitalismo, socialismo democrático, comunismo...), mientras ocupan, en cambio, un lugar preferencial los motivos ligados a políticas de índole identitaria consistentes en la defensa a ultranza de la exclusividad racial, lingüística, religiosa o cultural.

De hecho, algún analista relevante no ha dudado en afirmar que, en el contexto de la globalización, “las divisiones ideológicas o territoriales del pasado se han ido sustituyendo por una división (...) entre el cosmopolitismo basado en valores incluyentes, universalistas y multiculturales y la política de identidades particularistas”⁴⁸. Una apuesta por la singularidad o, más aún, la exclusividad que habría llevado, inexorablemente, a tratar de imponer por la fuerza de las armas en un territorio determinado la lengua, la religión, las instituciones, la cultura y el sistema de valores propios de una etnia específica, constituya ésta o no el grupo racial mayoritario⁴⁹.

A su vez, en los ámbitos relativos a la localización geográfica y la tipología esencial de los conflictos no hicieron sino intensificarse las tendencias ya observadas en el tiempo de la guerra fría, resultando, en cambio, más nítidas las diferencias cuando el acento se pone en los actores del conflicto, las acciones de combate, los modos de financiación o los efectos demográficos y socioeconómicos de la lucha armada.

La geografía de las “nuevas guerras” muestra con toda claridad su dominio absoluto en los continentes asiático y africano, es decir, allí donde se manifiestan con toda su crudeza no sólo las realidades socioeconómicas propias de los países más atrasados o sólo en vías de desarrollo sino también las fracturas étnico-religiosas, lingüísticas o culturales singulares de aquellas naciones (comunidades políticas) que han debido sortear grandes obstáculos, muchas veces de naturaleza tribal, en su proceso de formación de un estado unitario y reconocido, además, por todas las etnias o grupos culturales⁵⁰.

⁴⁷ Para H. Münkler, experto en el análisis de los conflictos bélicos recientes, “en el surgimiento de las nuevas guerras desempeñan, así pues, un papel varias causas conjuntamente, ninguna de las cuales puede destacar como la verdadera y decisiva (...). Esta amalgama de motivos y causas (...) es la consecuencia inmediata del hecho de que en las nuevas guerras no luchan estados, sino actores paraestatales (...)”. Cfr. MÜNKLER, H.: *op. cit.*, p. 9.

⁴⁸ Una política de identidades “intrínsecamente excluyente –añade M. Káldor– y que, por tanto, tiende a la fragmentación”. Cfr. KÁLDOR, M.: *op. cit.*, pp. 21-22.

⁴⁹ Bien es verdad que, en relación al problema de las causas de las “nuevas guerras”, no faltan las valoraciones más complejas. “Junto a los conflictos étnicos –escribe H. Münkler– no es raro que también desempeñen un considerable papel (las) diferencias religioso-culturales (...). Y a estas causas se han superpuesto (...) enfrentamientos de tipo económicos y relacionadas con la política de poder (...). En resumen: las diferencias étnicas y religiosas no son, la mayoría de las veces, las causas de un conflicto, sino que no hacen más que reforzarlo. Las nuevas guerras se mantienen al rojo mediante una amalgama, difícil de escrutar, de ansias de poder personales, convicciones ideológicas, contraposiciones étnico-culturales, así como codicia y corrupción, y a menudo se emprenden por motivos y fines que no son reconocibles (...)”. Cfr. MÜNKLER, H.: *op. cit.*, p. 9.

⁵⁰ “(...) En los países del Tercer Mundo –afirma H. Münkler– esos comienzos de la formación del Estado han quedado literalmente triturados ante el tribalismo tradicional y la globalización posmoderna (...). El Estado no ha podido desarrollarse (...). El tribalismo tradicional y las nuevas formas de la globalización, precisamente en

En términos más precisos, “casi todas las guerras recientes –escribe M. Münkler– se han desarrollado en las márgenes o los puntos de fractura de los viejos imperios (...). Y en territorios que estuvieron dominados por potencias coloniales europeas hasta después de la II Guerra Mundial”⁵¹. Porque, sin olvidar la importancia del atraso económico y la falta de modernización social⁵², serían la presencia en estos espacios de unas comunidades muy diferenciadas en base a sus rasgos étnico-religiosos, culturales o antropológicos, de una parte, junto a la ausencia de unas elites y organizaciones políticas formadas por individuos generosos, honestos y resistentes a la corrupción, de otra, los elementos que realmente dificultasen e, incluso, impidieran en algunas ocasiones el desarrollo de unos estados unitarios y robustos, con instituciones jerarquizadas homologables a las existentes desde hacía tiempo en Europa.

Unos motivos semejantes, resumidos en un proceso difícil e inacabado de formación del Estado, explican que la tipología esencial de los conflictos refleje una presencia absolutamente mayoritaria de las disputas internas o guerras civiles, aunque muchas de ellas tuvieran alguna colaboración exterior y unas repercusiones apreciables en el sistema político internacional.

En cambio, las semejanzas resultan ya menos nítidas atendiendo a los otros parámetros objeto de análisis. En las fuerzas intervinientes debido a que la disminución de las guerras Interestatales con participación de ejércitos nacionales organizados en unidades bien jerarquizadas, junto a un aumento, en sentido contrario, de las disputas internas a la vez que tenía lugar un avance continuo de los procesos tendentes a la privatización de la violencia y, sobre todo, la comercialización de la guerra, desencadenaron la aparición de unos actores muy distintos a los propios de las guerras clásicas.

De hecho, el lugar correspondiente a los ejércitos regulares terminó siendo ocupado por un conjunto heterogéneo de fuerzas estatales, paraestatales e, incluso, unidades costeadas por empresas de particulares, provistas una formación y adiestramiento muchas veces considerables, que terminarían liderando diversos grupos de interés e, incluso, personajes sin escrúpulos y formándose con “soldados” de un origen y condición económica o social muy heterogéneos para quienes resultaba siempre más beneficioso, en términos de rentabilidad económicos, el estallido frecuente y una larga actividad de los conflictos que su solución en un tiempo corto o el disfrute de una paz duradera y estable.

O, al menos, así cabe entender la participación en las nuevas guerras de un número amplio y variopinto de organizaciones e individuos, desde empresas ofertantes de ayuda militar o seguridad a cambio de dinero y mercenarios procedentes de países muy alejados del lugar de la contienda que se dedicaban a obtener los máximos beneficios posibles del negocio bélico hasta señores de la guerra, caudillos locales o, tras la penetración de la influencia y el poder de captación ejercidos por éstos en las zonas urbanas o suburbanas de los territorios en conflicto, miles de jóvenes sin ocupación fija en tiempos de paz e, incluso, “niños soldados” que, fruto de una pobreza extraordinaria y atraídos por la supuesta fortaleza y el prestigio que aportaban un khalásnikov y unas gafas Rayban, juzgaban su incorporación a las nuevas unidades militares descentralizadas como la vía más eficaz para obtener no sólo un medio de

la medida en que han bloqueado la formación del Estado y perturbado sus comienzos, no sólo han favorecido el desarrollo de guerras intrasociales sino (...) su perpetuación”. Cfr. MÜNKLER, H.: *op. cit.*, pp. 13 y 15.

⁵¹ Cfr. MÜNKLER, H.: *op. cit.*, pp. 8-9.

⁵² En relación con el papel ejercido en las guerras actuales por el atraso económico señala H. Münkler que “en contra de una idea muy extendida (...), nata indica que la pobreza como tal sea un peligro de escalada (*sic*) de la violencia ni de inminente estallido de guerras (...). La riqueza potencial es (una) causa más importante de guerras que la pobreza definitiva”. Cfr. MÜNKLER, H.: *op. cit.*, p. 10.

vida sino, en mayor medida aún, un instrumento adecuado para sentirse una figura importante en su comunidad originaria⁵³.

Estas mismas circunstancias, resumidas en un avance incuestionable tanto de la privatización y comercialización de la guerra como la pérdida por el Estado del monopolio sobre la violencia legítima y la intervención habitual en los conflictos de fuerzas no estatales, de unidades irregulares y descentralizadas, se encuentran, a su vez, en la raíz de lo que vienen llamándose “conflictos asimétricos” o “asimetría de la violencia”, expresiones que remiten a unos conceptos también renovados, distintos de los clásicos, sobre las zonas de combate, los medios técnicos utilizados y la conducción de las operaciones.

Fruto, en parte, de la ausencia de ejércitos regulares, las fuerzas operativas no actúan ya situándose en líneas de frente, haciendo uso del sistema de trincheras, ni luchan a campo abierto sino procediendo a la ejecución de ataques sucesivos dirigidos, por lo general, hacia lugares estratégicos cuando se lucha en zonas rurales o, en mayor medida aún, a determinados complejos militares e industriales o barriadas con un contingente humano numeroso si las operaciones tienen lugar en núcleos urbanos.

Y es que en las nuevas guerras “no se producen combates y nunca, en realidad, grandes batallas, con lo que las fuerzas militares se evitan mutuamente y, en cambio, dirigen la violencia contra la población civil”⁵⁴, de manera que las consecuencias materiales, humanas y psicológicas de estas luchas desarrolladas, sobre todo, en áreas con una densidad de población muy elevada no resultan menos negativas que las producidas por las guerras clásicas.

Las armas empleadas son, normalmente, fusiles Khalásnikov, ametralladoras AK-47, bombas incendiarias y lanzagranadas o lanzadoras de misiles de fabricación casera, dotadas, en consecuencia, de una tecnología media o media-alta (nunca muy sofisticada) que las hace asequibles en el mercado internacional gracias a su precio moderado y, sobre todo, fáciles de utilizar por un combatiente al que no se ha provisto de una formación militar intensa y regulada.

En su caso, la estrategias de combate aprovecharon las experiencias propias de la guerra irregular, concretamente los métodos bien conocidos de la guerra de guerrillas, las guerras partisanas o la guerra revolucionaria tal como la concibiera, primero, Mao-Tsé-Tung y la perfeccionase, más tarde, el Che Guevara con vistas a su aplicación en el proceso revolucionario cubano y las luchas por la emancipación política o la independencia colonial llevadas a cabo en diversos países de África o América Latina en los años sesenta y setenta.

Pero, más destacable aún resulta el hecho de que en la conducción de las operaciones se tratara casi siempre de evitar el choque directo con las fuerzas opositoras, procurándose en cambio, según afirma M. Káldor, “dominar el territorio mediante el ejercicio de un control rígido y directo sobre la población”⁵⁵. De ahí que, olvidándose la distinción entre combatientes y no combatientes⁵⁶, en el transcurso de las dos últimas décadas del Novecientos acabaran

⁵³ A la participación lamentable en las nuevas guerras de un número creciente de “niños soldados”, con edades situadas entre los 12 y 16 años, hacen referencia la mayoría de los analistas o simples observadores de este tipo de conflictos, poniendo de manifiesto algunos de ellos que “el aumento de la crueldad y la brutalidad que se ve en las nuevas guerras hay que atribuirlo, esencialmente, a la participación en ellas de estos adolescentes armados”. Cfr. IGNATIEFF, M.: *Die Zivilisierung des Krieges. Ethnische konflikte, Menschenrechte, Medien*, Hamburgo, 2000, cit., en MÜNKLER, H.: *op. cit.*, p. 26.

⁵⁴ Cfr. MÜNKLER, H.: *op. cit.*, p. 4.

⁵⁵ Cfr. KÁLDOR, M.: *op. cit.*, pp. 22-23.

⁵⁶ En opinión de M. Káldor “(...) las distinciones entre la barbarie externa y el civismo interno, entre el combatiente como legítimo portador de armas y el no combatiente, entre el soldado o policía y el criminal son distinciones que están desvaneciéndose. La barbarie de la guerra entre Estados puede acabar siendo una cosa del pasado”. Cfr. KÁLDOR, M.: *op. cit.*, p. 20.

siendo habituales tanto el uso de prácticas desestabilizadoras encaminadas a sembrar, a la vez, el odio y el miedo entre los pobladores del territorio objeto de interés como el desarrollo de auténticas matanzas, así como de reasentamientos forzosos y labores de intimidación sobre la población civil⁵⁷. No en vano, singulariza a los conflictos armados de los últimos tiempos y el momento actual la circunstancia de ser una mezcla de choque y cooperación tendente a provocar en la sociedad no militarizada un clima de duda, inseguridad y sospecha. O, en otras palabras, tratarse realmente de una combinación de guerra, crimen organizado y violaciones continuas, y masivas, de los derechos humanos.

Junto a las señaladas más arriba, en el costeamiento de las disputas a través de lo que suele llamarse una “economía de guerra globalizada” o una “financiación descentralizada” de las actividades reside, sin duda alguna, otra de las características definitorias de los conflictos armados que estallaron y tuvieron su desarrollo en la historia reciente. No en vano, se trata de enfrentamientos que han mantenido siempre una dependencia absoluta o muy profunda de los recursos externos procedentes de lugares, instituciones públicas o privadas y personajes con unos orígenes y naturaleza muy heterogéneos, algunos de los cuales fomentaron las contiendas al valorarlas, únicamente, en términos relativos al más puro negocio (vendedores de armas, contratantes de mercenarios, paramilitares, caudillos locales, líderes de organizaciones armadas...).

Además, las propias unidades de combate se financiaron y continúan financiándose normalmente a través de labores como el saqueo, la rapiña, la extorsión, la compraventa de productos en el mercado negro o la recepción de ayuda externa. Y ello unido a otros comportamientos que acabarían transformándose en una práctica habitual como el robo, primero, y la distribución muy desigual, más tarde, de todos o un buena parte de los recursos financieros, alimenticios o de cualquier otra naturaleza que llegaron a los territorios sumidos en el conflicto a fin de servir de ayuda humanitaria para las comunidades afectadas por la guerra⁵⁸.

Peculiares fueron, asimismo, tanto las circunstancias en que se produjo, normalmente, la resolución de los conflictos como los procedimientos empleados para lograr este objetivo (cuando las disputas tuvieron un final reconocible). Porque, en opinión de M. Káldor, las primeras residieron, una y otra vez, en la serie de condiciones necesarias para oponer a la política del exclusivismo (étnico, religioso, cultural, ideológico...) situada en el origen mismo del enfrentamiento “un proyecto político alternativo, cosmopolita y de futuro (...) capaz de superar la división entre lo global y lo local y reconstruir la legitimidad asociada a un sistema de valores incluyente y democrático”⁵⁹. Y los segundos más que nada en una intensificación de los contactos y negociaciones sostenidos por los líderes de las fuerzas en conflicto, directamente o a través de organizaciones interpuestas, a fin de rebajar, primero, y terminar abandonando, después, las manifestaciones de la violencia radical presente siempre en las guerras asimétricas, sin que los acuerdos seguidos llegaran a materializarse, generalmente, en la firma de cualquier tratado sobre el fin de la guerra y el inicio de la paz⁶⁰.

⁵⁷ Es una opinión aceptada por el conjunto de los estudiosos de las “nuevas guerras” la tesis expuesta por H. Münkler en el sentido de que hasta comienzos del siglo xx la inmensa mayoría de los muertos o heridos (9 de cada 10) formaban parte de los combatientes, es decir, de quienes tenían una participación directa en el enfrentamiento bélico. Sin embargo, a finales de la centuria “el balance de víctimas ha pasado a ser casi exactamente el contrario: el 80% de los muertos y heridos son civiles” Pues lo decisivo en las nuevas guerras es que “el uso de la violencia (...) no se dirige, esencialmente, contra el poder armado del enemigo, sino contra la población civil”. Cfr. MÜNKLER, M.: *op. cit.*, p. 19.

⁵⁸ Estas fuentes de recursos “sólo pueden mantenerse –afirma M. Káldor– a través de la violencia permanente, de modo que la lógica de la guerra se incorpora a la marcha de la economía”. Cfr. KÁLDOR, M.: *op. cit.*, p. 24.

⁵⁹ Cfr. KÁLDOR, M.: *op. cit.*, p. 26.

⁶⁰ En relación a los momentos inicial y último de las nuevas guerras señala M. Münkler que “no existe ni un comienzo identificable ni un final señalable (pues) sólo en los casos más raros puede datarse cuando comenzó una

Finalmente, las consecuencias más visibles de las guerras que estallaron o permanecieron vivas en la fase terminal del Novecientos no estuvieron tanto en los destrozos materiales producidos por las armas, es decir, en los daños generados a las unidades productivas, edificios públicos e infraestructuras urbanas o viarias, como en la pérdida de un número muy elevado de vidas humanas, correspondientes en su mayoría a civiles sin participación alguna en los combates, y un crecimiento extraordinario del volumen de personas refugiadas y/o desplazadas de sus lugares de origen o residencia. De hecho, la existencia de una masa enorme de hombres, mujeres y niños atendidos por A.C.N.U.R. (Organización Mundial de Asistencia al Refugiado) constituyó una de las realidades sociopolíticas más lacerantes del último cuarto del siglo xx.

guerra y cuando la violencia, apagada durante cierto tiempo, se reavivó". De hecho, en las bases de datos existentes sobre las guerras del último cuarto del Novecientos no siempre se incluyen de manera precisa las fechas relativas al comienzo y la terminación de los conflictos. Y es que "las guerras clásicas –puntualiza M. Münkler– finalizaban con un acto jurídico (...), pero la mayoría de las nuevas guerras terminan sólo cuando la inmensa mayoría de la población se comporta como si hubiera paz". En términos más concretos, afirma el investigador germano que "dado que en las guerras intrasociales debe conseguirse la renuncia a la violencia de todos los grupos capaces de utilizarla, los *tratados de paz*, con los que se ponía fin a las guerras interestatales, han sido sustituidos por *procesos de paz*, en el curso de los cuales puede convencerse a los actores de la guerra de que participen en el común disfrute de los dividendos de la paz (...)". Cfr. MÜNKLER, M.: *op. cit.*, p. 18.

